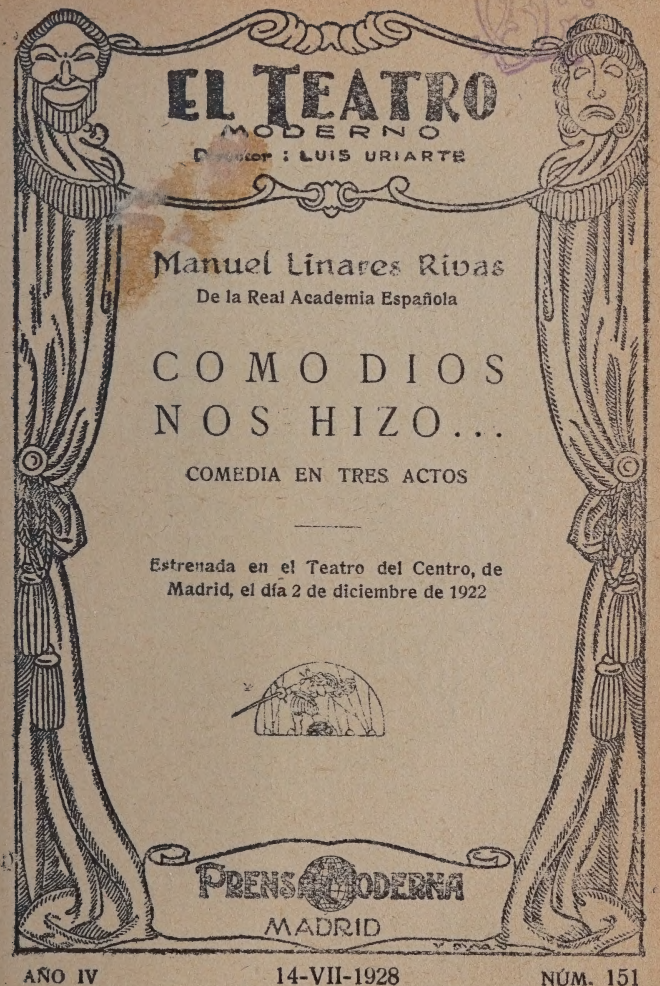
EL TEATRO
MODERNO

50
CTS

MANUEL LINARES RIVAS

Como Dios nos hizo



EL TEATRO MODERNO

Director: LUIS URIARTE

Manuel Linares Rivas

De la Real Academia Española

COMO DIOS NOS HIZO...

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro del Centro, de Madrid, el día 2 de diciembre de 1922

PRENSA MODERNA

MADRID

AÑO IV 14-VII-1928 NÚM. 151





RAFAEL RIVELLES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Patrocinio Torre de los Céspedes.	*Irene Alba.*
Teresa...	*María de las Rivas.*
Amparo.....	*M. Blanch.*
Carlota......	*Rita Lozano.*
Tía Agueda....	*Juanita Manso.*
Clotilde.....	*C. Valls.*
Rosita...	*Julia Caba.*
El ama (que no habla).....	*N. N.*
León de los Céspedes...	*Juan Bonafé.*
El Padre Solsona....	*R. Rivelles.*
Don Francisquito.....	*Alberto Romea.*
Pablo González Nájera.....	*Nicolás Rodríguez.*
Pérez...	*J. García León.*
Robespierre....	*P. Hidalgo.*

La acción en Madrid. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Una salita regularmente puesta y de tonos claros, en casa de don León de los Céspedes. Es de día, en mayo y en Madrid.

ESCENA I

Tía Agueda, sentada; *Carlota.*

AGUE. ¿Acabas?
CARL. Este jarrito a su lugar.
AGUE. ¡Mira que llevamos trajín ayer y hoy!
CARL. A tía Patro le gustan las cosas muy en su orden, tía Agueda.
AGUE. Y no hay más que obedecerla.
CARL. ¡Yo muy a gusto siempre!
AGUE. Y yo. ¿Qué duda tiene? Pero bastaba con que se hubiera preparado la habitación para la viajera.
CARL. *(Sonriendo.)* Con lo apretaditos que ya vivíamos, ahora vamos a estar como en una jaula.
AGUE. ¡Y el gasto, el gasto! Que si mi cuñado León se enfurruñaba antes, ¡habrá que oírlo con esta boca más!
CARL. Pero realmente no se podía conducir de otra manera con su hermana, la única que tiene, y que a los tres años mal contados de casada se queda viuda y sin amparo de nadie la pobrecita.
AGUE. ¡Sí; hizo muy bien trayendo a Clotilde! Eso no hay que negárselo... pero que la casa es pequeña, tampoco se puede negar... y que le aumentará los gastos, tampoco, ¿eh?, tampoco.
CARL. Ya nos arreglaremos.
AGUE. A la fuerza.
CARL. Pues yo le he cedido mi cuarto contentísima

y me fuí para otro peor y oscuro además. Cuando falte la luz eléctrica, que muchas mañanas sucede, tendré que peinarme de oídas... ¡y tan contenta!

AGUE. Y tan mal peinada.

CARL. Para quien me mira... no necesito muchos bucles.

AGUE. Eso es cuestión de opiniones, que yo no aguardé nunca a que me miraran para componerme debidamente.

CARL. Es que si aguardaran, algunas se morirían sin piedad...

AGUE. ¿Por quién lo dices, Carlota?

CARL. Por mí, tía Agueda.

AGUE. Bien está.

ESCENA II

Dichas; don Francisquito, por izquierda.

FRAN. *(Sentándose.)* Aunque no hice nada, ¡descansaremos!

AGUE. Dichoso tú, don Francisquito. ¡Nosotras llevamos unos días!

FRAN. ¿Tremendos?

AGUE. ¡Tremendos!

FRAN. Pues ahí tienes lo que son los errores., Quien no estuviera enterado, creería que descansabas tú también.

AGUE. *(Levantándose airada.)* Como tú ya lo encuentras todo hecho, quizás te figures que se hace solo. ¡Qué injustos sois los hombres! *(Mutis por el foro.)*

FRAN. ¡Es verdad! ¡Qué injustos somos!... Ninguno se quiso casar con ella. ¡Así está de vidriosa y de gruñona!

CARL. Y de resignada.

FRAN. Una más por el mundo.

CARL. Y tía Angeles lo mismo.

FRAN. Dos más. Hay muchos, sobrinita.

CARL. Muchos, tío. Yo voy también buscando ya un hueco en esa lista para apuntarme.

FRAN. Paciencia...

CARL. No dices gran cosa para consolar...

FRAN. ¿Y quién dice más? Más palabras, sí, pero más consuelo, no.

CARL. Pues nos conformaremos con tan pequeñísima razón.

FRAN. Eres bastante razonable, Carlota. No me sorprenderá que ese gran señor, burlón y perverso, a quien llamamos el Destino, se ría un poco de ti.

CARL. ¿Más?

FRAN. *(La mira un momento.)* Sí, un poco más.

CARL. Pues lo que usted me dijo: paciencia.

ESCENA III

Carlota y *don Francisquillo; Pérez,* por derecha.

PEREZ. ¡Qué mañanita de mayo tan hermosa!

FRAN. Hermosísima. Pero, hombre, Pérez, no des más vueltas y vete a dormir de una vez.

PEREZ. No insista usted en eso, que yo también he de bajar a la estación.

CARL. ¿Y se puede saber lo que hace usted quedándose una noche sí y otra no de guardia en Telégrafos?

PEREZ. Oficialmente, nada; pero tengo allí muchos amigos, y nunca falta alguno que al amanecer quiera dar una cabezadita. Entonces me dicen: "Atienda, Pérez, y si viene alguien, avise..." ¡Y se pescan siempre unas pesetas para mis vicios!

CARL. ¿Y usted qué vicios tiene, santo varón?

PEREZ. Pues... tabaco... y... y cerillas... y... y no me acuerdo de ninguno otro ahora.

CARL. No se condenará usted...

PEREZ. Yo creo que no, señora; pero allá veremos, allá veremos, que en la juventud hubo sus trastadas.

FRAN. *(Extrañado.)* ¿Fuiste calavera?

PEREZ. Una broma, don Francisquito. ¡Qué había de ser... ni cómo lo había de ser! No me dió tiempo la pícara vida para locuras. Cuando nací, dicen que empecé, como todos, a contar la existencia por semanas y por meses... pero a los pocos meses fué preciso que tuviera de pronto muchos años para buscarme el pan nuestro de cada día... que bastantes veces no añadí *dánoslo hoy*... sino que me contenté con decir: *a ver si me lo das mañana tan siquiera... (Pausa.)* Vayan con Dios esos días, vayan con Dios...

CARL. Un desdichado, ¿verdad, Pérez?

PEREZ. Un resignado.

CARL. Es igual.

PEREZ. Y conste que no soy de los que tienen mayor motivo para quejarse, que al final, a lo que yo le temblaba, encontré esta casa. en donde vivo a cuerpo regalado, gracias a la bondad infinita de doña Patro, ¡que es una santa!, y de don León, ¡que es un ángel! Un ángel bastante feo... pero un ángel.

CARL. En esas alabanzas no le dejo a usted solo, que también yo estoy como usted.

PEREZ. ¡Qué comparación! Usted es sobrina de doña Patro.

CARL. Bien poco es. Para explicarlo hay que añadir algo más.

PEREZ. Y se añade. Yo he comido una vez *Homar* a la *ameriquén*, que es una especie de langosta con una salsa... ¡una salsa!... ¡una salsa, Dios mío!, lo mejor del mundo, lo mejor... Bueno, pues, a mí me parece que el corazón de doña Patro es *Homar* a la *ameriquén*.

CARL. Y no dejemos olvidado al tío León.

PEREZ. No, señora. Otro marisco, otro.

FRAN. A ver si la viudita agradecerá también lo que hacen por ella.

PEREZ. ¡Sí, señor!

FRAN. Creo que ha quedado sin una peseta.

PEREZ. Ni una.
CARL. Diga, Pérez... ¿y el marido qué era?
PEREZ. Un buen mozo.
CARL. ¿De profesión?
PEREZ. Eso también. Y luego don León le proporcionó un destinillo en Santander. Mala persona no era, no, señora; pero a mí no me gustaba su genio... ¡múy súbito y muy alocado! ¡Con decirles a ustedes que la boda no se la sospechaba nadie de la familia!... Y lo que yo sé de él es que vino de improviso, se casó de pronto y se murió de repente. Alocado, alocado.
CARL. Pero ella estaba muy enamorada.
PEREZ. Mucho.
CARL. Y fueron muy dichosos.
PEREZ. Mucho.

ESCENA IV

Dichos; Amparo, por izquierda.

AMPA. ¿Está Pérez?
PEREZ. Está Pérez.
AMPA. ¿Quieres avisar un coche?
PEREZ. El tren viene con cuatro horas de retraso.
AMPA. Pero papá desea bajar por si adelantaron algo en el camino.
PEREZ. ¿Lo manda don León? Pues no me diga usted más. Ahora mismo traigo un coche y dos coches y todos los coches que hay en el punto.
AMPA. Uno, uno.
PEREZ. Bueno, pues uno. Voy, voy. *(Mutis por foro.)*
CARL. *(Reuniéndose a Amparo.)* Es un pedazo de pan este hombre...
AMPA. Yo le quiero mucho. *(Mutis las dos por la izquierda.)*

ESCENA V

Don Francisquito; Pablo, por derecha.

FRAN. ¿Se acabó el estudio?

PABLO. Por media hora solamente.

FRAN. ¿Y para qué traes los libros?

PABLO. *(Dejándolos sobre la mesa.)* Para repasar un poco, que hay algunas cosillas enrevesadas y no las puedo dejar que se me escapen de la memoria.

FRAN. ¡Te admiro, Pablito! Yo no estudié nunca, pero eso te da más mérito a mis ojos, que no hay nada tan digno de admiración como el ver que otro hace lo que uno debió hacer... y no lo hizo. Y si por no haberlo hecho se encuentra uno al final descentrado, perdido, inútil... entonces la admiración aún es mayor, porque, de paso que se envidia al otro, se dice uno a sí mismo lo torpe, lo bestia y lo desdichado que se fué.

PABLO. Mal te tratas.

FRAN. Es que mal me veo. Devoré una pequeñísima fortuna soñando en resarcirme con el gran éxito de mis novelas. El éxito no ha llegado... y he de vivir en un cuchitril, porque un resto de amor propio me veda todavía la última abdicación: la de no tener ni casa.

PABLO. No voy ahora a salir diciéndote que trabajes y que siempre es tiempo para una voluntad decidida, porque me parecen unas simplezas, dirigiéndome a un hombre de cincuenta años.

FRAN. Pon más.

PABLO. De cincuenta y tantos.

FRAN. Pon menos.

PABLO. Los que sean. Pero sí me permito una observación en aquello que es precisamente de tus aficiones. Antes de confesarte vencido, ¿por qué no acabas una novela? Tienes ocho o diez empezadas, ¿por qué no concluyes una?

FRAN. No es desidia, muchacho... es descorazona-

miento, es que al releer un capítulo me doy cuenta de que no vale nada.

PABLO. Tú no eres buen juez para ti mismo.

FRAN. Sí lo soy.

PABLO. ¡No te desanimes, don Francisquito! ¿Por qué no has de ser tú de los que triunfan?

FRAN. ¿Crees tú posible...?

PABLO. ¿Por qué no? Anímate y me la lees.

FRAN. Y me engañarás...

PABLO. No. Si es buena te diré que es buena; pero si no es buena, te diré que... está bien... que... que sí; pero que convendría reforzar, ¿comprendes? En una palabra: si me gusta te diré francamente que me gusta, y si no me gusta te diré todo lo demás, todo, menos que me gusta.

FRAN. ¡¡Pues te prometo concluir una!! Es histórica, ¿sabes? Y como en la historia se puede entrar a mansalva, sin que nadie proteste, eso me da ánimos para hacer mangas y capirotes con mis personajes.

PABLO. Anda con ellos.

FRAN. Había escogido la época de María Tudor; pero luego me pareció muy cercana, y me dije: puede que la conozcan demasiado... ¡Vámonos más lejos, Francisquito!

PABLO. Bien pensado.

FRAN. Y ahora estoy en Egipto, con los Faraones. ¿Qué opinas tú?

PABLO. ¿De los Faraones? Muy mal. Pero no hagas caso de mi opinión, que es un poco como la tuya: a ojo de buen cubero.

FRAN. Esta época es maravillosa, porque...

PABLO. *(Interrumpiéndole.)* Aguarda un instante, tú, que ahora recuerdo una cosa que no sé si la rerecuerdo. ¡Y es muy difícil! *(Trae escapado un libro.)* Haz favor... página 97, ¡a ver si me la sé! "Las leyes de 24 de agosto de 1896, 27 marzo 1900 y 23 marzo 906 establecen la formación del catastro parcelario, encomendando al Cuerpo de Topógrafos tan importante obra,"

FRAN. Te la sabes perfectamente.

PABLO. Es que con el Tribunal no se puede mentir como con los Faraones... ¡Y tengo un pavor, don Francisquito!

FRAN. No lo tengas, que no hay motivo.

ESCENA VI

Dichos; el Padre Solsona, por foro.

PABLO. Hola, curita.

P. SOL. Buenos días.

FRAN. Felices. ¿Qué hay por el Seminario?

P. SOL. Paz... ¡y esperanza!

PABLO. ¡Mujeres!

P. SOL. *(Riendo.)* No.

PABLO. Es que dejaba inmediatamente las oposiciones para hacerme seminarista.

P. SOL. Lo dije mal; pero demasiado comprendes lo que yo quise expresar. Estoy tan distante de las picardías que a mí mismo me parece inverosímil el haber dicho una.

FRAN. Ni la dijo. Se necesita forzar mucho la mala intención para descubrirle malicia a esas palabras.

PABLO. ¿Un abrazo para perdonarme?

P. SOL. Y mil.

PABLO. Y dispénsame, ¡eh!, chico, que estoy ya con el susto grande muy encima.

P. SOL. ¿Cuándo?

PABLO. El lunes entro al primer ejercicio.

P. SOL. Pues que Dios te ilumine.

PABLO. No basta. Convendría que además cegara un poco a los señores jueces para que no vieran correr por la sala a los gazapitos que se me escaparán.

P. SOL. *(Sonriendo.)* Pediré eso también.

PABLO. ¡Entonces, magnífico! *(Estudia paseando, y mutis derecha.)*

ESCENA VII

Don Francisquito y el *Padre Solsona.*

P. SOL. ¿Llegó doña Clotilde?

FRAN. Traen mucho retraso.

P. SOL. No dejó familia, ¿verdad?

FRAN. Afortunadamente. Sola y todo... se lo meditaron más de una vez, a pesar de sus cartas desgarradoras; pero mi sobrino León se las ve y se las desea para sostener una carga con la que no puede, cura, con la que no puede.

P. SOL. Ya lo sé.

FRAN. Pues calcule si hubiera además chiquillería. Ni pensar en que viniese Clotilde... ¡ni pensarlo! Y aun ella sola, fué una imposición de Patro, porque viviendo aquí sus hermanas, tomó a puntillo y a delicadeza el no abandonar a la hermana de su marido.

P. SOL. Prudentísima fué. Pero son admirables los dos.

FRAN. ¡¡Admirables, extraordinarios, asombrosos!! Un matrimonio con una hija, y pare usted de contar. Y ahora empiece usted a contar: el padre de León, las dos hermanas de Patrocinio, la sobrina Carlota; el Pablito, que no es nada de ellos, y el Pérez, que no es nada de ellos ni es nada él.

P. SOL. ¡Seis!

FRAN. La hija.

P. SOL. Siete.

FRAN. Y ahora, Clotilde.

P. SOL. ¡Ocho!

FRAN. Y ahí tiene usted un matrimonio con una hija sola, y que se las arreglaron para resultar con ocho hijos.

P. SOL. Los de la familia, es casi natural.

FRAN. Casi nada más.

P. SOL. Pablito, ya sé en qué circunstancias se ha quedado... ¡El que me asombra es Pérez!

FRAN. Ese no vino, ni lo trajeron ni lo mandaron. ¡Está aquí!

P. SOL. ¿Pero cómo?

FRAN. ¿Cómo?... ¿A usted no se le olvidó nunca un bastón o un paraguas?

P. SOL. Alguna vez...

FRAN. Pues en este caso, Pérez es el paraguas olvidado... y que no han venido a recogerlo.

P. SOL. Algo más habría.

FRAN. Que es la obediencia personificada, y lo que le mandan una vez lo sigue cumpliendo hasta que le mandan lo contrario.

P. SOL. ¿Pero él no discurre?

FRAN. No. Dice que eso le complica mucho las cosas... y, en cambio, obedecer es sencillísimo. Venía aquí por las mañanas un poco más que de escribiente para los asuntos de Bolsa en que anda León, y un día llegó la hora del almuerzo sin haber terminado su labor, y le dijo León: "Hombre, Pérez, quédese a almorzar..." Y como después no le ha dicho nunca "hombre, Pérez, no almuerce usted aquí más", ha seguido sentándose a la mesa.

P. SOL. ¿Y doña Patro no hizo ninguna observación?

FRAN. Al principio creyó que seguían los trabajos urgentes. León creyó que Patro le hubiera dicho algo... y al llegar las explicaciones, les dió ya pena el despedir a este pobrecillo tan servicial, tan bueno y tan prudente.

P. SOL. Pero... ¿y quedarse a vivir?

FRAN. Por obediencia también. Al caer enferma Patro, hará dos años, Pérez no se movió de aquí noche y día, atendiendo a todo; y como no hubo forma de convencerle para que se fuera a descansar, a la tercera noche ya le dijo León: "Pues entonces, pida unas mantas y una almohada y acuéstese ahí, en cualquier lado." Pérez se acostó, y como nadie le ha dicho después "hombre, Pérez, márchese usted", sigue durmiendo en cualquier lado, que no se ha podido averiguar jamás qué lado es, porque él arregla y recoge sus bártulos sin molestar a ninguno para nada.

P. SOL. Es una gran caridad.

FRAN. Y un gran negocio. Hombre más honrado y más útil no lo hay bajo la capa del cielo. Y después, entretenidísimo. Hace jaulas para grillos, casitas y bosques de cartón, pájaros y bichos de papel, toca las castañuelas... En fin, todo lo que no sirve para nada lo sabe hacer Pérez admirablemente.

P. SOL. Me alegro muchísimo por él.

FRAN. Y por ellos. Si hoy dijera que se marchaba habría consternación y lágrimas en la casa.

ESCENA VIII

Dichos; León, por izquierda.

LEON. Padre Solsona...

P. SOL. Don León...

LEON. ¿Cuándo nos das el gran día?

P. SOL. Pronto, Dios mediante.

LEON. Iremos todos muy a gusto para recibir la primera bendición. Yo no le tengo miedo más que a la última.

P. SOL. La de mayor trascendencia.

LEON. Exacto. Pero es mala señal, páter, mala.

P. SOL. *(Sonriendo.)* Pues conviene ir meditando alguna cosa...

LEON. Las muy graves, ¡muy graves!, sí; pero en el resto, lo encantador es precisamente lo contrario, que nadie sepa de fijo lo que quiere, que nadie realice lo que piensa y que andemos todos a papirotazos con lo razonable y lo prudente.

FRAN. ¡Como locos!

LEON. Que es como nos portamos.

P. SOL. No, no...

LEON. ¿No? Pues ve contestándome... Yo estoy agobiado por el peso de mi casa; trato de aligerarlo, y lo resuelvo trayendo una persona más. ¿Cuerdo o loco?

P. SOL. Cariñoso y amante de la familia.

LEON. ¡Agrávalo, sí! Don Francisquito va a terminar su vida como si tal cosa... y está desesperado porque no sabe terminar una novela. ¿No es absurdo don Francisquito?

FRAN. Sí lo soy, sí; pero no por eso, sino por haber concluído con mi dinero y no darme prisa a concluir también con esta vida.

LEON. ¿Cuerdo o loco?

P. SOL. Desdichado.

LEON. ¿Te alivia?

FRAN. Nada.

LEON. Pues quédate con lo mío. Eres absurdo, don Francisquito.

FRAN. Con mucho gusto.

LEON. Van dos en la casa. Mi hija, Amparo, que se supuso a dar chillidos de espanto porque la subimos en un columpio, dice que le gustaría ser aviadora. Y mi cuñada Agueda, que es solterona, dice que no comprende a los hombres... y porque yo le contesto que tampoco los hombres la comprendieron a ella, se incomoda conmigo.

P. SOL. Esas son bromas.

LEON. ¿Las quieres más serias? Pues también. Mi padre, sin moverse ahora de su butaca, pero que fué un buen médico cuando pudo ejercer, especialista de las vías respiratorias... es asmático.

FRAN. Eso no se puede evitar.

LEON. Aguarda. *(A Solsona.)* En el campo se necesitan brazos para las faenas. ¿No es verdad?

P. SOL. ¡Tan verdad!

LEON. Y tus padres, labradores, te hacen a ti cura. *(A don Francisquito.)* ¿Eso no se pudo evitar?

P. SOL. Tienen la disculpa de haber soñado en elevarme.

LEON. Y me parece perfectísimamente. Lo he dicho nada más que al tanto de cómo anda la lógica por el mundo.

FRAN. Es muy respetable el ansiar más y más para los hijos.

P. SOL. Una flaqueza humana.

LEON. Que la disculpo y la comparto. ¿No he de respetar esos derechos tan nobles y tan legítimos cuando respeto otros que me parecen caprichosos, y algunos hasta disparatados? Yo encuentro muy bien, en la realidad, que la novicia tenga autorización para salir un día del convento, en vísperas de profesar... y encuentro muy bien, en la ficción, en el teatro, que el suicida, después de matarse, tenga derecho a recitar un monólogo.

P. SOL. ¡Ay!, ¿sí?

LEON. Y todavía sigo encontrando muy bien que si le aplauden resucite para saludar finamente... y luego se nos vuelva a morir otro ratito.

P. SOL. ¡Qué cosas pasan en el teatro, qué cosas!

LEON. Absurdas, sí. Y yo, lo mismo que tú, aunque mirando para otros sitios, digo también: ¡qué cosas pasan, qué cosas!

FRAN. Las de siempre, sobrino.

LEON. Las de siempre, tío. ¿Quieres preguntar si vino el coche?

FRAN. Sí. *(Mutis derecha.)*

ESCENA IX

León y el *Padre Solsona.*

LEON. ¿Sigues con tus notas favorables?

P. SOL. Sí, señor.

LEON. Meritísimos. ¿No se llaman así vuestros sobresalientes?

P. SOL. Toda la carrera los he logrado, y confío en no desmerecer ahora para los últimos exámenes.

LEON. Bien, Jerónimo, bien. ¿Tú necesitas algo?

P. SOL. No, señor; nada.

LEON. Además de la orden de tus padres para facilitártelo, yo también personalmente lo haré con gusto.

P. SOL. Muchas gracias.

LEON. Con franqueza, Jerónimo. ¡Yo sé lo que son los muchachos!

P. SOL. Pues no, señor; nada.

LEON. ¡Pero, por lo visto, no sé lo que son los curas!

P. SOL. ¿Y en que lo gastaría? No voy a ninguna parte ni hago más salida que la de venir a saludarles una vez al mes.

LEON. Ahí tienes lo que son las situaciones diferentes. Tú dices: ¿en qué gastaría...? Y yo digo: ¿En qué no gastaría?

P. SOL. Pero tiene usted unas obligaciones enormes.

LEON. Y las que me busco, hijo, las que me busco; que por fas o por nefas, porque es tu prima o porque es mi hermana, por esto o por lo otro, el caso es que mi mujer y yo, sin tener familia, siempre estamos aumentando la familia.

P. SOL. Eso es buen corazón.

LEON. Buen corazón y mala cabeza. Pero lo más chistoso de nuestra vida—la de Patro y la mía—es que entablamos unas disputas homéricas por si se puede comprar un palco o por si han durado poco los guantes de la niña... y apenas si se discute el que venga un huésped más. Lo grande parece que ni se nota, y lo pequeño nos desespera.

P. SOL. No es de extrañar, porque los móviles son muy distintos de unas acciones a otras.

LEON. No sé por qué, curita; pero ya estoy acostumbrado a que nos ocurra, y lo tomo tranquilamente. Lo que hago a veces es pensar que somos como aquellas dos muchachitas que se estaban bañando en el mar y de pronto empezó a llover. Y le dice una a la otra: "¡Ay, qué fastidio, tú; nos vamos a mojar!"

P. SOL. Se referirían a después, para alguna excursión.

LEON. Para lo que tú digas; pero el miedo a mojarse era dentro del agua.

ESCENA X

Dichos; Amparo, por foro.

AMPA. Buenos días, Jerónimo.
P. SOL. Muy buenos, Amparito.
AMPA. Preguntan si hay contestación a una carta de don Antonio Sánchez.
LEON. En mi despacho, sobre el vade.
AMPA. ¿La entrego, papá?
LEON. Sí.
AMPA. Bien *(Mutis Amparo por derecha.)*
LEON. Una recomendación que me pide un condiscípulo de la Universidad, que no pudo aprobar ni una asignatura por vago, y ahora, perdido y destrozado, maldice de todo y se hace llamar Robespierre.
P. SOL. ¡Válgame el Cielo...!
LEON. Y aunque no la merece mucho, a mí me da pena, porque si bien después nos hemos distanciado enormemente, entonces fuimos buenos camaradas.
P. SOL. ¡Cuántos se quedan atrás... y cuántos nos pasan!...
LEON. Y no siempre de los que más prometen en la carrera. Uno de los de mi clase, un haragán completo, llegó a ministro, y cuando leí en los periódicos sus declaraciones de que iba firmemente dispuesto a estudiar el problema de la instrucción pública, no pude menos de decirme: "¡Gracias a Dios que éste va a estudiar! ¡Ya era hora!"
P. SOL. Falta saber si le dieron tiempo.
LEON. No. Seguramente, no.

ESCENA XI

León y el *Padre Solsona; Patro,* por derecha; *luego, Pérez,* por foro.

PATRO. Hola, Jerónimo.
P. SOL. Mi señora doña Patro...
PATRO. ¿Cómo no avisaste?

P. SOL. Sabía que andaba en sus quehaceres.
PEREZ. *(Entrando.)* Ya está el coche abajo.
LEON. Pues vamos.
PEREZ. ¿Llevará usted el impermeable, don León?
LEON. ¿Llueve?
PEREZ. No, señor, no. Pero como se lo trajeron ayer, por si usted quería estrenarlo.
LEON. ¡Ven a mis brazos, Pérez, ven, que eres inconmensurable!
PEREZ. Yo, ¿por qué?
LEON. ¿Por qué? Si Pérez no fuese apellido y la ingenuidad no tuviera nombre aún, la ingenuidad se llamaría Pérez.
PEREZ. Y yo, muy honrado.
LEON. Claro que sí.
PATRO. Anda, León.
LEON. Adiós...
PEREZ. ¿Puedo ir yo en el pescante?
LEON. Y en la capota, o a caballo o donde te dé la gana. Ven, Perecito, ven... *(Mutis los dos por foro.)*

ESCENA XII

Patro y el *Padre Solsona.*

PATRO. ¿Quieres algo de nosotros?
P. SOL. Nada, nada. Ya se ofreció don León... pero comprendo demasiado el sacrificio que hacen mis viejos costeándome la carrera.
PATRO. No es pequeño.
P. SOL. ¿Cómo ha de serlo en unos pobres labradores? Por fuerza gastarán conmigo todo lo que ganan..., y ¡Dios sabe de lo que se privan por mí!
PATRO. De mucho.
P. SOL. ¡Tengo que adorarlos!
PATRO. Tienes.
P. SOL. Y que corresponderles. ¡Ay, si yo alcanzara algún día la parroquial de mi aldea!
PATRO. ¡No; eso sí que no! ¿Por toda aspiración un

curato de tercera? ¡Pues te lucías! A decir misa de alba para cuatro viejas, a charlar con aldeanos que no cambiarían nunca de conversación y a confesar unos feligreses que no cambiarían siquiera de pecados. ¡No, hombre, no!

P. SOL. ¡Pues yo firmaba!

PATRO. Y yo te echaba encima el tintero. Tú tienes que encaminarte para obispo, para cardenal, para...

P. SOL. (*Riendo e interrumpiéndola.*) ¡¡Jesús!!

PATRO. ¿Qué te puede suceder? Lo que a doña Manuela, la vecina del segundo, que en diciembre formaba planes para ir el verano a San Sebastián; en marzo soñó con ir a la sierra; en junio ya decía: "¡Quién pudiera irse unos días a Pozuelo!..." Y por fin, en agosto, se compró un botijo..., creo que a plazos.

P. SOL. Inconvenientes de que vuele la fantasía. Luego viene el batacazo.

PATRO. Fantasear es una cosa, y otra cosa es el proponerse llegar a lo alto de su propio oficio, que ahí no le pueden decir a uno que se mete en corral ajeno.

P. SOL. Evidentemente que no.

PATRO. Y el que tiene arranques y energías, ¿por qué se las ha de guardar? Que es a lo que yo te empujo. ¿Estás bien preparado y estás en tu línea? ¡Pues tira para obispo lo menos! ¿Que no llegas? Quédate en auditor de la Rota.

P. SOL. ¡Caramba!

PATRO. ¿Que no llegas? Quédate en canónigo, que tampoco es quedar mal con nadie.

P. SOL. No puedo ambicionar tanto.

PATRO. Pues no tienen los otros más que tú: sotana y latín.

P. SOL. Más, más. ¡Entre los compañeros hay muchos de tanta ilustración y de tantísimo saber!

PATRO. No importa. La cuestión no es lo que sepan ellos, sino lo que sepas tú.

P. SOL. A su lado, poquísimo.
PATRO. Aún no importa. ¿Cuántos habrá reconocidamente superiores? ¿Diez? ¿Veinte? ¿Treinta?
P. SOL. Treinta y cuarenta.
PATRO. Eso es en los casinos. Ahora tratamos de Seminarios.
P. SOL. Pues habrá de fijo unos cincuenta compañeros de mérito muy grande.
PATRO. Bien. ¿Y canonjías?
P. SOL. ¡Oh! Infinitas más.
PATRO. Entonces te peleas tú solamente por las infinitas más, que ya me parecen a mí bastantes para que puedas atrapar una.
P. SOL. Oyéndola me tranquilizo de muchos miedos futuros. ¡Ay, doña Patro, si formara usted parte de un Tribunal!
PATRO. Esa idea es de Pablito.
P. SOL. Y de todos los que nos jugamos el porvenir en el albur de un examen. Ya hay jueces examinadores inteligentes y sapientísimos; pero nosotros los preferiríamos un poco menos sabios y un poco más indulgentes. ¡Y en usted iríamos tan confiados!
PATRO. ¡Ya lo creo que sí! Confiados en que no entendería ni una palabra... Y si os preguntaba algo, ya te figurarás cómo iba a ser: "¿Traéis mucho miedo, eh? Y los padres, los pobrecitos padres, ¿qué? También estarán sufriendo muchas angustias y muchas ansias, ¿no es verdad? Bueno, pues aprobados, aprobados."
P. SOL. (*Levantándose.*) Esa cuesta no es suave más que en la imaginación. Ahora, por muy feliz me tendré si logro un curato.
PATRO. Para empezar, bueno, una parroquia. ¡Y a ponerme la iglesia primorosísima, eh!
P. SOL. A mí me conmueven más en severas.
PATRO. Todo lo severa que te plazca. Hablo de cuidada, de atendida, de limpia.
P. SOL. ¡Sí, señora!
PATRO. No olvides nunca que la fe entra por el alma;

pero la asistencia al culto entra por los ojos... y por las narices. Muy limpia y muy cómoda, curita. Por eso no somos más religiosos ni menos, pero somos menos asiduos.

P. SOL. Es un deber nuestro el facilitar la práctica.

PATRO. Y el ejemplo ya te lo dan las catedrales. Yo no sé si la mirra y el incienso, además de aromáticos, tienen algún significado piadoso en el ritual, pero el botafumeiro no fué nunca más que desinfectante.

P. SOL. Lo sé.

PATRO. Habrás visto, y si no seguramente oirías hablar, de que la gente demuestra predilección por determinados templos, y buscan la causa en la mayor influencia o el menor rigorismo de ciertas congregaciones. Y el primer motivo no está en eso. No es preponderancia de Congregación; es preponderancia de barrido y de fregado.

P. SOL. No lo olvidaré. Hasta siempre.

PATRO. Hasta siempre. Y ya lo sabes: muy fervorosos, muy creyentes y muy limpios, cura, muy limpios. *(Mutis por izquierda, y el Padre Solsona, por foro.)*

ESCENA XIII

Pablo, por derecha, estudiando; luego *Teresa*, por foro.

PABLO. ¡Hola, vecinita!

TERE. (*Dejando un paquetito.*) Hola, Pablito.

PABLO. Y esas manos preciosísimas, ¿qué? ¿Borda que te borda y cose que te cose?

TERE. ¡Qué remedio! Ahí traigo labor hecha para doña Patro. Y tú, ¿estudiando siempre?

PABLO. ¡Qué remedio!

TERE. ¿Cuándo te examinas?

PABLO. El lunes. ¡Mira tú que si me llevara plaza! ¡Tres mil pesetas! ¡Mecachis! (*Tira el libro por el aire.*) ¡Viva el ministro de Hacienda!

¡Viva el respetabilísimo Tribunal! ¡Viva mi plaza!

TERE. No alborotes...

PABLO. Es que hay para alborotar la casa y el barrio también. El lunes, a las cinco... ¡nadie!, un pobrecito sin un céntimo y que vive por la caridad de estos buenos señores. Y el lunes, a las seis, aprobado, plaza inamovible y ascensos reglamentarios. Ahora, oficial; mañana, interventor; después, delegado con ochocientos mil duros de sueldo, casa, luz, ordenanzas, papel, obleas... ¡¡la mar!! ¡Viva el lunes! ¡Vivan las oposiciones! ¡Viva yo!

TERE. Magnífico, ya lo creo. Y eso que tú no tienes las inquietudes de una prisa material.

PABLO. Cierto que no. Cuando murió mi pobre madre me quedé solito, a los seis años, y doña Patro y don León me recogieron, por la casualidad de ser vecinos, mientras se avisaba a mi tío Eugenio, el único pariente que tengo, para que se hiciera cargo de mí. Pero el pariente contestó que eran ya muchas sus obligaciones y que no podía aumentárselas.

TERE. La voz de la sangre.

PABLO. Sí..., pero afónica, como de costumbre. Afortunadamente para mí, a estas buenas almas las dió compasión el mandarme a un hospicio...

TERE. ¡Pablo!

PABLO. ¿Adónde si no? Y como entonces aún no tenían familia, porque Amparito nació unos años después, mientras determinaban lo que se había de hacer conmigo, me tomaron cariño..., y no hicieron nada. ¡Es decir, lo hicieron todo!

TERE. Todo, es verdad.

PABLO. Soy como un hijo, les llamo padres, y ya sé que no debo apurarme nunca..., pero me da coraje serles gravoso y estudio como una fiera.

TERE. Haces perfectamente..., y yo rezaré mucho para que salgas bien.

PABLO. Agradecidísimo, vecinita. Y yo rezaré después.

Ahora no, para que no me vaya a ocurrir lo que a un compañero que se comía los santos por los pies rogándoles que lo aprobaran. Llegó el examen, tuvo la desgracia de que no le preguntaran por las oraciones, sino por las asignaturas, y como de eso no sabía una patata, lo suspendieron ignominiosamente.

TERE. Las dos cosas se deben hacer.

PABLO. Pero cada una a su tiempo, y ahora el mejor santo es San Estudio... A propósito... Haz favor, tú... Página noventa. Los impuestos, que son muy difíciles. "Es fijo cuando se exige un tanto igual por personas o cosas: proporcional, cuando está en proporción a la base imponible; progresivo, cuando aumenta a medida de la fortuna, y progresional, cuando crece o disminuye por diferencia o por... por cociente." ¡Maldito sea el cociente, que no me acuerdo nunca de él!

TERE. Te aprueban, Pablito.

PABLO. Si me sale esa lección, al pelo, ¿verdad?

TERE. Al pelo.

PABLO. Oye otra cosa. ¿Te he dicho que estás muy guapa?

TERE. No me lo has dicho.

PABLO. Y que me gustas más... ¡más que el Tribunal!

TERE. ¡Esa sí que es bola!

PABLO. Puede que tengas razón. Más que el Tribunal no me gusta ahora nada...; pero tanto, sí. ¡Palabra de honor!

TERE. Que estuviera aquí el presidente..., y ya veríamos a quién mirabas.

PABLO. A él. De frente, a él; pero a ti con el rabillo del ojo.

TERE. ¿Pasáis muchos sustos?

PABLO. ¡Muchos! ¡¡El vocal que se sienta a la derecha es un tío!! No, un tío, no; un señor muy respetable y muy sabio; pero que tiene siempre un lápiz en la mano, y así que el opositor suelta una gansada—¡que las soltamos, veci-

nita; las soltamos con una facilidad aterradora!—nos larga una rayita en un papel. Y a la segunda nos miramos unos a otros diciéndonos: bueno, el opositor 127 ya se cayó de cabeza al río...

TERE. ¿Y no habría modo de quitarle el lápiz?

PABLO. ¿Para qué? Le darían otro. Los lápices, como nuestros disparates, son infinitos. Pero nos desconcierta de tal manera que respondemos cohibidos hasta en lo que se sabe uno de carrerilla. "¿Número ochenta y seis?" "Servidor." "¿Su nombre de usted?" "Pablo González Nájera...", y ya se le mira escamado por si dijimos mal el nombre...

TERE. Pues os compadezco.

PABLO. Añádele que ese tío—no, ese señor—se sabe de memoria la ley de Contabilidad, artículo por artículo... ¡¡Ay, la ley de Contabilidad!! (*Trae el otro libro.*) Haz favor, tú, que esto se las trae. Página noventa y dos... Contabilidad legislativa. "Corresponde: Presupuestos; Créditos extraordinarios y supletorios; Memorias del Tribunal de Cuentas, y Cuenta general del Estado."

TERE. ¡Te aprueban, Pablito!

PABLO. Me lo sé, me lo sé. Yo sé que me lo sé. Pero la cuestión es decirlo allí lo mismo y no trabucarse. ¡¡Muera A. W. Fáber!!

TERE. ¿Fáber?

PABLO. Fabricante de lápices. ¡¡Muera el tío que se sabe la ley de Contabilidad!!

TERE. No te asustes, Pablito, que te aprueban.

PABLO. Crees tú.

TERE. Segura. Te lo garantizo yo.

PABLO. Entonces, ¡viva el Tribunal! ¡Viva el ministro de Hacienda! ¡Viva mi plaza!

TERE. Ya verás cómo te la llevas.

PABLO. Ojalá. Y perdona, que voy a estudiar. ¿Te he dicho ya que estás muy guapa?

TERE. Sí.

PABLO. En ese caso puedo irme tranquilo. Adiós. (*Mutis por la derecha.*)

ESCENA XIV

Teresa; Patro, por izquierda.

PATRO. ¿Qué jarana era ésa?
TERE. Pablito con sus oposiciones. (*Entregándole el paquete.*) El sábado le traeré la otra docena.
PATRO. Déjalos ahí. Ahora no hav otro afán ni otra conversación. Anoche, en la mesa, al servirse unas chuletas empanadas le preegunté si quería salsa. "¿De qué es?" "De tomate." Se me quedó mirando fijo como si hubiera contestado que era de arsénico... Pega un brinco, sale a escape y vuelve: "Lo que yo decía; el recurso de alzada va en apelación al delegado, sí, ponme salsa de tomate."
TERE. Es natural que se preocupe.
PATRO. Pero no tanto. Verdad que en él todo es impulso violento y exageración. No sabe querer: ha de adorar. No sabe disgustarse: ha de aborrecer.
TERE. Eso demuestra que tiene alma.
PATRO. Es un gran muchacho..., y hará un gran marido. Si no lo sabías.
TERE. ¿Yo? ¡Pobre de mí!
PATRO. Pues tú no le pareces costal de paja.
TERE. Bromas suyas. Hoy me dijo también alguna flor, pero a medias con el ministro de Hacienda. Y todo es eso. ¿Quién va a cargar conmigo? ¿Y quién será el valiente que se acerque a una casa en donde hay una madre enferma, un padrastro borracho... y escándalos a diario? ¿Quién?
PATRO. Mala cosa es.
TERE. Y en la calle las tentaciones de las tiendas para los ojos... y nunca falta para el oído una palabra tentadora.
PATRO. Mala cosa es también.

TERE. ¡Tanto hombre que se ofrece y tan necesitada que está una de protección!

PATRO. Pues no pienses en que te proteja ninguno, porque nunca hay la seguridad de que amparen desinteresadamente. Los jóvenes te quieren conquistar y los maduros creen que tú los vas a conquistar a ellos.

TERE. ¿No podemos fiarnos de ningún hombre?

PATRO. Sí, de los menores de seis meses.

TERE. ¡Doña Patro!

PATRO. En pasando del biberón, aun no se hacen peligrosos, pero ya empiezan a ser desvergonzados.

TERE. De prisita van.

PATRO. Como les dejes, muy de prisa. No te fíes, Teresa; no te fíes.

TERE. Ya no me fío.

PATRO. Es lo mejor.

ESCENA XV

Dichos; Amparo, por foro.

AMPA. Mamá..., tía Clotilde.

PATRO. En mi cuarto, en el armario, tienes unos cuadrantes. El bordado igual que los otros; pero el jaretón mayor, casi doble.

TERE. Bueno. (*Mutis por izquierda.*)

PATRO. Adiós. (*Va a foro.*)

ESCENA XVI

Patro, Amparo; por foro, *Clotilde, León,* y *Pérez;* por derecha, *Pablo.*

CLOT. Patro... ¡gracias, gracias!

PATRO. De nada.

CLOT. Aunque te lo parezca, ¡gracias otra vez!

PATRO. ¿Qué tal de viaje? ¿Cansada?

CLOT. Un poco... Pablo... (*A Patro.*) Ha pegado un buen estirón el hijo. ¿Cuántos tenéis ahora?

PATRO. ¿Cuántos? Tú, León, ¿cuántos tenemos?
LEON. (*Después de pensarlo.*) Siete y contigo ocho.
CLOT. Os abrumaremos, ¿verdad?
AMPA. Ven a ver al abuelo, ven, que ha preguntado muchas veces si habías llegado.
CLOT. Vamos, sí. (*Mutis por derecha con Amparo y Pablo.*)

ESCENA XVII

Patro, León y Pérez.

PATRO. (*Saliendo también.*) Se le conocen bien los disgustos, pero siempre es un tipo de mujer muy distinguido y muy interesante.
LEON. ¡Ay, Patro, que estás diciendo el Evangelio!
PATRO. ¿En qué?
LEON. En lo de interesante. ¡Viene así, viene!
PATRO. ¿Qué dices? (*Llevándoselo algo a izquierda.*)
LEON. Que nos van a largar en casa una gracia póstuma.
PATRO. ¿Sí?
LEON. ¡Sí!
PATRO. (*Mirando a Pérez.*) ¿Sí?
PEREZ. ¡Sí!
PATRO. ¡¡No!!
PEREZ. ¡¡Sí!! (*Y lentamente, con una sombrerera, mutis por izquierda.*)
LEON. Creíamos dar albergue a una sola persona y ahora vendrá el médico, vendrá la nodriza... y lo que vendrá, que aun no lo sé.
PATRO. Ay, León... ¡Lo que hemos hecho!
LEON. Nosotros nada; ellos, ellos.
PATRO. Pero la pagaremos nosotros. ¡Nos hundimos, León!
LEON. ¡Nos hundimos, Patro!
PATRO. ¿Y qué resolvemos? ¿Tú no la despedirás?...
LEON. ¡¡No!!
PATRO. Pues no hay más que un arreglo. Trabajar doble y pedirle a Dios que nos ayude.

LEON. Pídeselo, pídeselo...; pero por radiograma, que si te descuidas, ni Dios llegará a tiempo de salvarnos.

PATRO. Siempre llegó. Y cuanto más apuro tuviste, más suerte vino. Acuérdate.

LEON. Entonces..., entonces ojalá que sean gemelos.

PATRO. ¡¡¡León!!!

LEON. Para traernos más suerte. ¡¡Gemelos!! (*Y los dos se ríen contentos de su propia bondad.*)

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración, en noviembre, seis meses después del acto primero. Es por la tarde, pero ya anochecido.

ESCENA I

Tía Agueda, Carlota y *Amparo,* sentadas en primer término; por detrás de ellas pasea el *Ama* con el niño. A foro, sentado, *Pérez.* Una pausa mientras el Ama va desde el lado de Pérez al contrario, y al volver a pasar por delante, Pérez hace mover las alas de una pajarita de papel. El Ama sigue lentamente paseando y se detiene en el otro lado hasta que pasa de nuevo, a tiempo para el diálogo, que empieza ahora.

AGUE. ¡Cuidado que llevamos trabajo esta temporada!

CARL. (*Haciendo una labor de agüja.*) Mucho.

AMPA. (*Que lee una revista de modas.*) Muchísimo.

CARL. Desde que ha llegado, hará seis meses, la tía Clotilde, no tuvo día bueno.

AGUE. Ni nosotros.

CARL. Lo nuestro de cuidarla poco fué.

AGUE. ¡Y veremos cuándo se levanta!

CARL. Ha quedado muy débil.

AGUE. Pues veremos también cómo quedan los demás,

que de médicos, potingues, calditos de gallina, botellas de Jerez y las ropas para el nene, hay unas cuentas que horrorizan. *(A media voz.)* ¡Y el Ama! Tú dirás quién no se queda muy débil de todo esto.

AMPA. No te lamentes más, tía Agueda, que papá lo hace muy a gusto.

AGUE. Muy a gusto, sí; pero yo veo que no puede, y el día menos pensado daremos todos una voltereta.

AMPA. Y entonces será la ocasión de los lamentos.

AGUE. Bien, bien...

AMPA. Los sombreros se llevan de ala muy ancha.

AGUE. Que se lleven.

AMPA. *(Riendo.)* Dispensa. *(Una pausa. Pasa el Ama delante de Pérez.)*

AGUE. *(Pagando sus iras con quien puede.)* ¡Hombre, Pérez!, ¿usted cree que Ricardín, un niño de mes y medio, se va a divertir con una pajarita de papel?

PEREZ. No, señora. Pero se divierte el ama.

CARL. No es lo mismo.

PEREZ. Es, es. El que ella esté alegre influye en el carácter de Ricardín. Me lo dijo el médico.

CARL. Pues siga.

AMPA. Tú, Carlota, las faldas van a ser muy largas este año. Mira.

AGUE. Me alegro, porque las cortas son indecentísimas y horribles.

PEREZ. Horribles, sí, señora. No han servido más que para demostrar que hay muy pocas piernas bien hechas.

AGUE. No hacía falta ese comentario.

PEREZ. Puede que no... pero siendo mal hechas, tampoco haría falta que las enseñaran. ¡Digo yo que no haría falta!

AGUE. Ninguna, y en ningún caso.

ESCENA II

Dichos; Patro, por derecha.

PATRO. ¿Se ha dormido? Pues acuéstele, Ama.
AGUE. Le acostaremos. No hay un minuto de sosegar.
AMPA. Sólo una robustez como la tuya...
PATRO. Que son más de las cinco, Amparo. Tus lecciones.
AMPA. Ahora mismo. *(Mutis Amparo, Agueda y el Ama por izquierda.)*
PATRO. ¿Y usted, qué hace ahí, hombre, que lleva dos horas sentado en el mismo sitio?
PEREZ. Como dijo don León que le aguardara aquí...
PATRO. Aquí no quiere decir sin moverse de la habitación.
PEREZ. *(Levantándose.)* Bueno, bueno.
PATRO. Tampoco es mandarle que se vaya. Si quiere, se queda.
PEREZ. *(Sentándose.)* Bueno, bueno.
CARL. *(A Patro.)* Con todo está conforme.
PATRO. Con todo. ¿Has tomado las cuentas?
CARL. Tuve que darle once pesetas.
PATRO. Bien...
CARL. Pero me dijo que está debiendo en la plaza unas pesetas más.
PATRO. ¿Cuántas?
CARL. Treinta y cinco.
PATRO. *(Entregándole un llavero.)* Cógelas.
CARL. Y que no le llegan los cuatro duros para la compra. Menos de seis es imposible.
PATRO. Bien. *(Pausa.)* ¿Y cómo le digo esto a León? ¡Y hay que decírselo!
CARL. Somos tantos...
PATRO. Somos...
CARL. Y las cosas se han puesto a unos precios fabulosos.
PATRO. Fabulosos. *(Siguiendo sus pensamientos.)* ¡Y hay que decírselo!

CARL. El tío León se hará cargo de que es imprescindible.

PATRO. Sí, muy fácilmente. Pero no se trata ahora de hacerse cargo, sino de llevar la carga... y yo veo que está abrumado... Bien. Paga, paga.

CARL. Y para mañana, ¿qué le doy?

PATRO. Los seis duros. ¿Qué remedio? *(Marcha lenta hacia la izquierda.)*

CARL. Es verdad... *(Mutis por foro.)*

ESCENA III

Patro y *Pérez.*

PEREZ. *(Levantándose.)* Doña Patro... ¿Le dije que estuve a consultarme?

PATRO. ¿Consultarse de qué?

PEREZ. De mi enfermedad.

PATRO. ¿Qué tiene?

PEREZ. Pues me dan... me dan vértigos.

PATRO. ¿Y eso?

PEREZ. De... de una neurastenia.

PATRO. ¿Y qué dispuso don Ambrosio?

PEREZ. ¿Don Ambrosio? Nada.

PATRO. ¿Cómo que nada?

PEREZ. Porque fuí a una clínica.

PATRO. ¡Pero, hombre, viniendo el doctor aquí todos los días!

PEREZ. No se me ocurrió aquí...

PATRO. Eso es imperdonable.

PEREZ. Sí, señora, imperdonable. Para otra neurastenia le consultaré a don Ambrosio. Se lo prometo a usted.

PATRO. ¿Y qué le mandaron?

PEREZ. Régimen. Que a las comidas no tome más que una sopa... y mucho pan.

PATRO. ¿Mucho pan a una persona delicada?

PEREZ. No, no, poco pan. Me confundía yo.

PATRO. ¿Y medicina?

PEREZ. Ninguna.

PATRO. ¿Ninguna? ¿Le mandaron sólo no comer?...

¡Ay, Pérez, usted oyó lo que hablé con Carlota!

PEREZ. ¡No, señora!

PATRO. Estaba usted presente.

PEREZ. Bueno; sí, lo oí... pero no es lo que usted va a decir.

PATRO. ¿Y cómo sabe usted lo que voy a decir?

PEREZ. No lo sé, claro.

PATRO. Es usted más bueno y más considerado que la humanidad junta. ¡Coma, hombre, coma!

PEREZ. No es por eso, no es por eso. ¡Palabra!

PATRO. ¿Pues por qué?

PEREZ. Por... por... pero, vamos, si yo podía disminuir un poquitín los gastos, me parece a mí que yo...

PATRO. Muchísimas gracias, Pérez, muchísimas gracias; pero prométame seriamente no insistir en esa cuestión.

PEREZ. Lo que usted me mande, doña Patro.

PATRO. Eso.

PEREZ. Pues eso.

PATRO. Y déjese de mentirillas, que usted no ha nacido para embustero.

PEREZ. Es verdad, ni para eso he nacido. Pero ¿sabe usted una cosa, doña Patro? ¡Que no creí yo que era tan difícil decir una mentira!

PATRO. Para todos no lo es.

PEREZ. Tienen mérito, señora, porque decirla bueno, se dice... pero en cuanto preguntan... "¿Por qué?... ¿por qué?", al segundo por qué ya hace falta un hombre de mucho talento.

PATRO. Sí. Siéntese.

PEREZ. Eso es. De mucho talento... o sentarse. Voy a la butaca.

PATRO. Adonde quiera. *(Mutis por la izquierda.)*

ESCENA IV

Pérez, sentado. *Don Francisquito,* por derecha, entra lentamente y pensativo.

PEREZ. ¿Sigue la murria, don Francisquito?

FRAN. *(Sonriendo al ver que no está solo.)* No me llames así nunca más.

PEREZ. ¿Por qué no?

FRAN. *(Dulcemente y sonriendo toda la escena para quitarle valor a cuanto dice.)* Porque ya no hay a quien llamárselo. El don Francisquito que tú conocías ya no existe: se ha deshecho, se ha evaporado... ¡Se murió!

PEREZ. No diga usted esto, ¡caramba!

FRAN. Y a manos de Pablo... ¡de Pablito! Ganó las oposiciones y dentro de quince o veinte días le colocarán. Y, además, va a cobrar de un golpe mil quinientas pesetas—en lo que vinieron a quedarse con pagos y derechos las dos mil que le dejó su pariente—. Un pariente que, mientras vivió, no le quiso amparar, y al morir le dejó ese legado.

PEREZ. Caprichos, caprichos...

FRAN. O conciencia, conciencia...

PEREZ. ¡Lo esencial es que tiene suerte el mozo!

FRAN. Tiene. Y como ahora para él todo es ¡arriba y arriba! y ¡aúpa y aúpa!, triunfando siempre, ya no le merecemos piedad ninguna los demás.

PEREZ. Pero total, ¿qué le hizo?

FRAN. ¡Una felonía!

PEREZ. ¿Una felonía Pablo? ¡No!

FRAN. Sí.

PEREZ. ¿Cuál?

FRAN. ¡Animarme! ¡Empujarme! ¡Decidirme a que triunfara yo también! "¿Por qué no has de vencer también tú?", me decía. Y yo, ¡loco de mí!, le hice caso, me dejé llevar de los arrestos juveniles, que todo lo ven fácil... ¡y fuime decidido en busca del triunfo! Terminé mi novela... nadie la quiere editar, más de uno se ha burlado de ella... ¿Comprendes? Se me cayeron al suelo las últimas ilusiones de mi vida... ¿Comprendes? E inmediatamente don Francisquito se ha deshecho, se ha evaporado... ¡se murió!

PEREZ. Quizás todavía encuentre usted un editor.

FRAN. Ya hablé con todos... y ya me rechazaron to-

dos. No quieren noveles... de mi edad. Eso es lo que no miró Pablo al animarme, y eso es lo que olvidé yo al atenderle.

PEREZ. Puede que no la hayan leído.

FRAN. Desconfiando de eso mandé un capítulo de *La historia de un Faraón* a un periódico, firmando con las iniciales nada más. Y en la sección de correspondencia me contestaron: "F. S.—La historia de un Faraón está bien, pero no es bastante cómica para nuestro periódico."

PEREZ. Ahí no le ofenden.

FRAN. ¡¡Si es una leyenda, un drama... y no les parece bastante cómico!!

PEREZ. Entonces sí que le ofenden.

FRAN. Y ya no quise más caminatas ni más probaturas. Renuncié definitivamente... y al silencio, a la oscuridad, al olvido.

PEREZ. ¿Me la deja usted leer a mí?

FRAN. No. El daño fuera de casa nada más.

PEREZ. Me gustaría seguramente su novela de usted.

FRAN. Peor para mí entonces. Esta es mi catástrofe moral; ahora la material: Hace una semana que me desahuciaron de la casa embargándome los muebles por las mensualidades que debía... ¿Te acuerdas de mi casa? Un cuchitril bajo el desván, frío en invierno, caliente en verano, incómodo, inhabitable... ¿Te acuerdas? Pues hace una semana que se me caen las lágrimas pensando en que ya no tengo el cuchitril.

PEREZ. ¿Y dónde vive usted?

FRAN. Allí aún, hasta el 24.

PEREZ. ¿Y después?

FRAN. No lo sé... *(Pausa.)* ¡No lo sé!

PEREZ. A mí no me pasó nunca nada de eso, gracias a Dios.

FRAN. Feliz tú.

PEREZ. Como desde muy chiquito viví en la calle, ¡cualquiera me embargaba a mí el domicilio!

FRAN. Pues yo lo tuve y lo perdí. Se fué la casa, se fueron los muebles... y se fueron las últimas

ilusiones. Razón tengo para decir que don Francisquito se murió.

PEREZ. Sí, señor.

FRAN. ¡Qué pena de don Francisquito!, ¿verdad?

PEREZ. Sí, señor.

FRAN. Porque no era malo y era bastante simpático, ¿verdad?

PEREZ. Sí, señor.

FRAN. Yo le estimaba mucho.

PEREZ. Yo también.

FRAN. *(Marchándose por la derecha.)* ¡Qué pena de don Francisquito..., qué pena!

ESCENA V

Pérez. León, por foro.

PEREZ. Pues tiene razón, que es una pena...

LEON. *(Entrando.)* ¿Vino alguien?

PEREZ. No, señor.

LEON. ¿Ni recado?

PEREZ. No, señor. Las tres cartas están contestadas.

LEON. Si quieres contestar esta otra...

PEREZ. Sí, señor... ¡¡No, señor!! La cuenta del médico... ¡Mil ciento!...

LEON. No es ninguna exageración con las visitas que hizo...; ¡pero me sienta ahora como una tiro!

PEREZ. Yo creo que en cualquier momento han de sentar por el estilo...

LEON. No tengo más solución que pagarla yo. Presentársela a Clotilde es darle un sofoco innecesario. ¿Con qué la pagará ella?

PEREZ. ¡Qué espaldas tiene usted, don León, qué espaldas!

LEON. Fuertes son. Pero se agobian, Pérez, se agobian.

PEREZ. Ya lo sé.

ESCENA VI

Dichos; el Padre Solsona, por foro.

P. SOL. Buenas tardes.
LEON. ¡Buenas!
PEREZ. Felices. ¿Me necesita, don León? (*Mutis por el foro.*)
LEON. No. ¿Cómo a estas horas?
P SOL. Hoy acompañé al Rector en unas visitas. Ahora está aquí, en el once, y aprovechando la coyuntura le pedí licencia para saludaros. Cuando él termine me llamará.
LEON. A todas bien venido, ya lo sabes.
P. SOL. ¿Y en casa?
LEON. Bien, menos Clotilde.
P. SOL. ¿No se repone?
LEON. Muy despacio.

ESCENA VII

Dichos; Robespierre, por foro.

ROBES. (*No bien vestido, pero en señor. Aunque sea en las fuentes, pero se lava.*) Han dicho que pasara...
LEON. Pues pasa.
ROBES. Como estás con ése... (*León busca a quién se referirá.*) Con el señor cura.
LEON. Ahora te entiendo. Sí, estoy, pero no importa. (*Presentándole.*) Don Jerónimo Solsona...
ROBES. No digas cómo me llaman.
P. SOL. (*Sonriendo.*) ¿Por qué?
ROBES. Por si le espanta.
P. SOL. Puede ser..., pero dígalo.
ROBES. Díselo.
LEON. Robespierre.
P. SOL. (*Siempre tranquilo, sonriente y dueño de sí.*) Celebro mucho saludarle.
LEON. ¿No te hizo impresión?

P. SOL. Por regla general, un nombre, poca, y un apodo, nada.

ROBES. Pues éste dice cosas...

P. SOL. Las dijo, las dijo; ahora son otros los que suenan.

LEON. Se te ha quedado el cañonazo algo corto, ciudadano.

P. SOL. Algo...

LEON. Y para otra vez, te agradeceré que vengas a verme sin artillería.

ROBES. Veo que hay buen humor..., y veo que tú te inclinas a la derecha. *(Por la colocación.)*

LEON. Antonio, no seas majaderito..., y fíjate en que uso un término tan suave que casi es un piropo... ¡Majaderito! Una monada de palabra.

ROBES. ¿Y en qué lo soy?

LEON. ¿Tienes tus ideas? Tenlas. ¿Hay que decirlas? Dilas. Pero, sin ton ni son, no te pongas en convencional terrorista, que a estas horas y en este sitio no es más que ponerse en evidencia.

ROBES. ¿Rechazas a un condiscípulo de la Universidad?

LEON. ¡No, hombre, no! Lo que te pido sencillamente, lo que te ruego, para no colocarme en una situación violenta, es que hables como todo el mundo.

ROBES. Entendido. Y de mis labios no saldrá ningún tema que no podáis contestar.

LEON. Que no se quiera contestar.

ROBES. Bien. Desde luego, nada de socialismo, ni de comunismo, que eso crispa los nervios de las gentes reposadas.

P. SOL. ¿Por qué no?

ROBES. Por no alterarle a usted principalmente.

P. SOL. ¿A mí? No sé lo que usted dirá en esa materia, pero dudo bastante que sea usted tan radical y tan abiertamente comunista como lo fueron los Padres de la Iglesia San Jerónimo, San Bernardo y muchísimos más.

ROBES. ¿Eh?

P. SOL. ¡Eh, sí, señor!

LEON. No contabas con que hubiera aquí tanta gente, ¿verdad?

ROBES. Adelanté ya que no quería tratar esa cuestión... pero me satisface ir tan bien acompañado.

P. SOL. Sí. Sólo que ellos no predicaban quitar, sino repartir. Puede que ahí esté la diferencia entre ustedes...

LEON. No es mucha.

ROBES. Tampoco trataremos nada de política.

P. SOL. No la entiendo.

ROBES. Nada de dogma.

LEON. No la entiendo yo. Me mandan creer, creo... y terminado.

ROBES. Entonces, descartando todo lo escabroso, me figuro yo que el Prelado no...

LEON. *(Impaciente.)* ¡Antonio!

P. SOL. No le rectifique eso, don León. El quizás lo diga en burla, pero si yo lo tomo en profecía, salgo yo ganando enormemente.

ROBES. Tómelo. Y decía que el señor cura no tendrá reparo en que le proponga una adivinanza.

LEON. Antonio, por última vez te lo ruego.

ROBES. Es inocentísima...

LEON. *(Secamente.)* Tú sabrás lo que es.

ROBES. Vamos allá. ¿Qué cantidad de agua hace falta para que se ahogue un pez?

P. SOL. ¿Para que se ahogue un pez? No sé.

ROBES. Lo sabe.

P. SOL. Pues no caigo.

ROBES. Cuarenta días y cuarenta noches. El Diluvio, hombre.

P. SOL. ¡Ah!...

ROBES. ¿Ve cómo lo sabía?

P. SOL. Se equivoca usted. Ni lo sabía antes ni lo sé ahora, porque la Biblia lo que dice es *que pereció toda carne que se movía sobre la tierra*... Sobre..., y en eso no se pueden incluir los peces.

ROBES. ¿Eh?...

P. SOL. ¡Eh, sí, señor!

LEON. ¡Y ahora yo! Yo con otra adivinancita. ¿Qué

cantidad de paciencia hace falta para hartarse de razón?

ROBES. No sé...

LEON. La mía. Y una vez harto, ¿qué despedida se impone? La tuya.

ROBES. ¡León!

LEON. Tú te lo has buscado.

P. SOL. A mí no me molesta...

LEON. A mí sí.

ROBES. Entonces, ya es inútil lo que venía a decirte.

LEON. Seguramente, porque somos incompatibles. Tú eres terrorista y yo soy *tranquilista.*

ROBES. Pues adiós. (*Mutis por el foro.*)

LEON. Adiós. Y dispensa, Jerónimo...

P. SOL. Me pareció pueril nada más, pueril.

ESCENA VIII

León y Solsona.

LEON. Olvídalo ya. Mi padre preguntó por ti varias veces.

P. SOL. Pues vamos a verle.

LEON. Nadie le visita, y como tú le escuchas con paciencia, él suspira por ti. (*Marchando.*)

P. SOL. Y yo de él aprendo mucho. ¡Los viejos sí que dicen cosas que espantan! Cuentan la vida, nada más que la vida, y se queda uno tan aterrado que cuando alguien después lanza herejías, blasfemias, impiedades..., vamos, palabrería, sonreímos pensando: ¡Pero si eso no es nada, Señor, si eso no es nada!

LEON. Y no lo es.

P. SOL. No. Todas las blasfemias juntas no aterrorizan... y no desconciertan lo que un dolor injusto. Es decir, que a nosotros nos parece injusto.

LEON. (*Sonriendo.*) A nosotros. Vamos, curita, vamos.

P. SOL. Vamos, don León. (*Mutis los dos por la derecha.*)

ESCENA IX

Patro y *Teresa,* por foro.

TERE. Perdone que no haya bajado inmediatamente, pero aun estaba en casa el padrastro y no me deja salir.

PATRO. No era de urgencia. ¿Quieres bordar para un equipo? Te pagarán mejor que en la tienda.

TERE. ¡Ay, qué bien!

PATRO. Pero hay que esmerarse mucho.

TERE. Un primor. ¡Ya lo verá! ¡Qué dineral voy a coger!

PATRO. Si supieras lo que se anima tu cara al reír, más veces reirías.

TERE. ¿Y quién puede más veces? Que mi carácter no es tristón, al contrario, bien risueño es, pero no me dejan reír.

PATRO. ¿Siguen los disgustos allá arriba?

TERE. Siguen. Aquello no es vida. La madre, siempre llorando, ¡que yo no sé de dónde saca tantos lloros! El hombre ése, bebido siempre, y a todas horas, groserías, insultos y amenazas..., ¡amenazas cuando no son golpes!

PATRO. ¿A ti también?

TERE. A mí también. Y luego privaciones... y hambres, doña Patro, hambres, que nada le llega para el condenado vicio. La madre, medio baldada, ¿qué ha de trabajar la infeliz? El no comparece por la imprenta la mayor parte de los días, y yo tuve que abandonar mis estudios de la Normal—¡con tres años aprobados ya!—para atender a lo que es más preciso. ¡Y lo que gano, a esconderlo para que no se lo beba, y él a pegarnos porque lo escondemos!

PATRO. ¡Buena cruz lleváis!

TERE. Buena. Siempre es doloroso... y mortificante... el ver ocupado el sitio que fué del padre, pero figúrese lo que será cuando el otro es un hombre indigno, y además da asco... ¡asco, doña Patro!

PATRO. Pues hay que resignarse.
TERE. Pronto se dice..., pero hacerlo no es tan fácil.

ESCENA X

Dichos; Carlota, por foro.

CARL. Tía Patro...
PATRO. ¿Qué es?
CARL. Preguntan si está aquí Teresita.
PATRO. ¿Quién?
CARL. El padrastro.
TERE. ¡¡Ay!!
PATRO. Que pase y lo ve por sí mismo.
TERE. ¡No!
PATRO. ¡Que pase!
TERE. ¡¡No, por Dios!!
PATRO. ¿Qué va a suceder?
TERE. ¡Mire usted que es muy descarado!
PATRO. Y yo también. No todos los días, pero los días que lo soy vale la pena de que me oiga un padrastro.
TERE. ¡Usted no lo conoce, doña Patro! ¡Mire que le va a dar un disgusto muy grande!
PATRO. ¡Como no se lo dé yo a él!...
TERE. Puede ser..., pero usted luego se queda en su casa, yo he de subir a la mía, y si no logra revolverse contra usted, arriba pegará conmigo. ¡No, doña Patro, no!
PATRO. Bien.
TERE. Yo no me perdonaría nunca el que diera un escándalo aquí.
PATRO. Bien. Dile que bajó porque yo la necesitaba, pero que inmediatamente sube.
CARL. Bueno. Y se lo diré dos veces.
PATRO. ¿Dos?
CARL. Viene para no comprender a la primera. *(Mutis.)*

ESCENA XI

Patro y Teresa.

TERE. ¿Lo ve usted?
PATRO. No. Tengo el gusto de no verle.
TERE. Y así un día... y otro día... y todos los días. Es mucha ira, ¿verdad?
PATRO. Mucha.
TERE. Y mucha vergüenza. Mucha desesperación, ¿verdad?
PATRO. Mucha.
TERE. Pues aun no es nada eso comparándolo con mis pensamientos.
PATRO. ¿Qué piensas tú, pobrecilla?
TERE. ¡Una cosa horrible!... Con penas, con hombres, con golpes, con escándalos..., ¡con todo eso, con todo!... ¡Y aún no quiero dejar de ser honrada!
PATRO. ¡¡Claro que no!!
TERE. Claro que no, doña Patro de mi alma. Porque no es solamente resistir a las tentaciones que a todas horas me persiguen con ofrecimientos deslumbradores... sino que es, además, el resistir a la casa, al horror de la casa, que nunca me atrae para ella y que siempre me empuja para fuera. Y cuando de un lado nos llaman y del otro lado nos arrojan, el quedarse aún dentro no es honradez, ¡es milagro ya, doña Patrocinio, un grandísimo milagro!
PATRO. Pues si lo reconoces, comprenderás también que el no hacer caso sería dejar mal y corresponder mal a quien tan bueno es que por ti hace un milagro.
TERE. ¡No sé lo que sería!
PATRO. ¡Vamos, Teresita!...
TERE. ¡Y aún hay a quien le sorprende que muchas infelices se echen al arroyo! ¡Pero si el arroyo debe ser una delicia y una paz y una felicidad enorme saliendo de una casa como la mía!
PATRO. Si no se tratara más que de hoy...

TERE. ¿De mañana? Yo no sé cómo será la vida que ellas encuentren; pero sé cómo es la vida que dejan, y le aseguro a usted que si ésta no es hechura del demonio, entonces es mentira que haya infierno.

PATRO. *(Abrazándola.)* Se acabó el hablar así. Hay que ser buena. A despecho de todo y por encima de todo, hay que ser buena.

TERE. Si yo quiero... ¡quiero! Sólo que no me dejan... ¡No me dejan!

PATRO. Eso no es cierto. Deseándolo de verdad, podrás tú más que todo.

TERE. *(Esperanzada.)* ¿Podré?

PATRO. ¿Quién lo duda?

TERE. ¿Y seguiré siendo buena?

PATRO. Seguirás.

TERE. ¿Aunque empujen, aunque hostiguen, aunque maltraten?

PATRO. ¡Contra todo!

TERE. ¿De veras?

PATRO. De veras. Pero permíteme una sola cosa: que cuando crucen por tu imaginación esos pícaros pensamientos, tú vendrás a verme inmediatamente.

TERE. ¿Nada más?

PATRO. Nada más. Que muchas veces esos pájaros negros no se ahuyentan a pedradas y se van con una palabra cariñosa.

TERE. ¡Vendré, vendré!

PATRO. Júralo.

TERE. Ya lo creo que se lo juro.

PATRO. Pues entonces ya verás qué sencillo te parecerá todo. Y para seguir por ese rumbo adelante, cuanto yo te pueda aconsejar y cuanto yo te pueda ayudar, lo tienes desde ahora.

TERE. ¿Sí?

PATRO. Sí.

TERE. ¿No estaré sola?

PATRO. Cuenta conmigo.

TERE. ¿De verdad? ¿Siempre? ¿Sí?

PATRO. Sí.

TERE. *(Abrazándola fuertemente.)* ¡Entonces claro que triunfo!

PATRO. Claro.

TERE. ¡Dios se lo pague, doña Patro! *(Marcha rápida.)*

PATRO. ¿Adónde vas, criatura?

TERE. Al infierno mío..., pero voy con escudo y con coraza. ¡No hay miedo ya! *(Mutis por foro.)*

ESCENA XII

Patro; León, por derecha.

LEON. ¿Reñíais o cantábais?

PATRO. Un canto era, sí, de alegría y de esperanza.

LEON. ¿Teresa?

PATRO. Teresa. Se ve tan sola... y donde la acompañan, tan mal acompañada, que un poquitín de apoyo leal que le ofrecí le hizo brincar de contento.

LEON. Bien hiciste, que es un chiquilla adorabilísima.

PATRO. Oye, León..., tengo que decirte una cosa, poco grata, pero indispensable.

LEON. ¿Más dinero?

PATRO. No alcanzan los cuatro duros para la compra. Han de ser seis y escatimando todavía.

LEON. Serán. Entérate de eso. *(Dándole la cuenta del médico.)*

PATRO. Mil cien pesetas...

LEON. Que pagaré yo. Y hasta aquí llegamos; pero ahora es menester que lo pensemos muy seriamente. Muy seriamente, Patro. Yo no puedo más.

PATRO. ¿Crees que no lo veo?

LEON. Pues entonces... Ojalá nos fuera posible hacer favor sin tasa a los muchísimos que lo necesitan.

PATRO. Ojalá.

LEON. Pero es una temeridad y un peligro el extremarlo hasta el punto de que nos falte a nosotros.

PATRO. Tienes razón de sobra.
LEON. Y ese riesgo se ha de evitar. ¿No lo comprendes?
PATRO. Sí.
LEON. Me figuro perfectamente lo que padecerás...
PATRO. ¿Y tú no?
LEON. Yo también; pero hay que sujetarse a la realidad de nuestros recursos. ¿Alcanzan para socorrer a cinco? Pues a socorrerlos muy gustosos; pero no la extendamos a lo imposible.
PATRO. Es verdad.
LEON. Dios nos ha concedido una hija muy guapa y muy buena, ¡pero una! Y nosotros hemos ampliado la concesión desde una hija efectiva hasta ocho hijos honorarios. ¡Es mucho ampliar, Patro!
PATRO. Un poco, sí...
LEON. Y alguno de esos hijos tiene veinte años más que sus padres... ¡Para un hijo es mucha diferencia de edad, Patro!
PATRO. Mucha, cierto.
LEON. Y hay que resolverse a buscar un remedio.
PATRO. Hay que resolverse... claro...; pero yo no puedo reducir más los gastos, no puedo.
LEON. Pues vamos a reducir los hijos.
PATRO. ¡¡León!!
LEON. Si tú conoces otra fórmula, dímela que yo la acepto.
PATRO. ¿Y de qué modo se hace?
LEON. Muy sencillo. Antes los nombramos, y ahora se les da la cesantía.
PATRO. ¡¡Como a los temporeros de Hacienda!!
LEON. Como a los temporeros, y aprovechando la coyuntura favorable de que la familia no se haya sindicado todavía.
PATRO. *(Angustiada.)* ¿Y a quién vas a suprimir, León? León, ¿a quién vas a suprimir?
LEON. Busquemos.
PATRO. ¿A tu padre no?
LEON. De ése no se habla siquiera: es sagrado.
PATRO. ¿A mis hermanas, a mis pobrecitas hermanas?

LEON. Tampoco. Esas no son sagradas..., pero son feas, y viene a ser lo mismo. No hay esperanza ni probabilidad de que alguien se las lleve.

PATRO. No es culpa suya.

LEON. Ni mía...; pero, en fin, eso entra ya en el orden de las cosas establecidas automáticamente para todos los matrimonios: el que se lleva una mujer guapa, ya sabe que le han de regalar, además, a las hermanas feas.

PATRO. No te pese. ¡Si supieras cómo te lo estiman!

LEON. Nada, nada..., ¡que hagan el favor de quedarse! Pero tu prima Carlota, por ejemplo...

PATRO. ¿Carlota? ¿Escoges la más útil, la que ayuda tanto en la casa?... ¡Qué desatino!

LEON. Es verdad. ¡Que se quede Carlota! Oye... ¿y Ricardín?

PATRO. *(Indignada.)* ¡¡El de pecho!!

LEON. ¿También ayuda?

PATRO. ¡Angelito! Pero ése no come...

LEON. Ya lo sé, mamá.

PATRO. ¿No vas a tirar con él? Y adondequiera que le mandes tendrás que pagarle el ama. En casa te resultará siempre más barato.

LEON. ¡Es verdad! No lo había estudiado yo en el aspecto de que fuera una economía. Patro, ¡que se quede Ricardín!

PATRO. Es tan pequeñito aún...

LEON. No dirás eso de Pérez.

PATRO. De ése digo lo contrario... ¡Es tan viejo, León! Si lo echas—no lo echas—, lo matas.

LEON. ¡Pero Patro!...

PATRO. Tú lo conoces igual que yo: es tan poquita cosa, tan inútil para todo...

LEON. *(Indignado.)* ¡¡Muy bien!! A Carlota no la puedo echar porque es muy útil, y a éste no lo puedo echar porque es muy inútil.

PATRO. Y además, Pérez es un santo.

LEON. ¡Sí!... Pero come lo mismo que un profano.

PATRO. No te hagas el cruel... ¡Dios te lo compensará!

LEON. Es posible; pero fíjate que hasta en el cielo, en el mismísimo cielo, lo primero que han dispues-

to con muy buen acuerdo es que los ángeles y los santos no necesiten comer.

PATRO. ¡Y tan viejo el pobre!...

LEON. ¡¡¡Bueno!!! ¡Que se quede Pérez! ¡Que se queden todos, y que nos manden más de provincias!

PATRO. Ya iremos saliendo del apuro sin necesidad de recurrir a medidas tan radicales ni de echar a tantos pobrecitos a la calle.

LEON. ¿A tantos? ¡¡Pero si no hemos echado a ninguno!!

PATRO. ¡Bien lo pretendías!

LEON. Por mala entraña, ¿verdad?

PATRO. A veces lo parece, León.

LEON. ¡Qué ha de parecer! León me pusieron de nombre y León me llaman todos; pero no hay quien me crea león en este mundo... ni en el otro tampoco.

PATRO. No te enfades... Reconozco que tienes razón.

LEON. ¡Claro que la tengo!

PATRO. Y que esto no puede continuar.

LEON. Estoy resuelto a que no.

PATRO. Conformes. Pero vamos a remediarlo con el menor daño posible y separándonos de los que se encuentran en condiciones de valerse a sí mismos.

LEON. Eso es muy discreto.

PATRO. El disgusto será igual, pero no lo será el perjuicio.

LEON. De acuerdo. Pero en esas condiciones no hay más que Pablito...

PATRO. ¡¡Pablito!!

LEON. (*Atragantándose.*) Pa... Pablito.

PATRO. (*Hablando consigo misma.*) El único... pronto va a cobrar un sueldo...

LEON. Pa... Pablito...

PATRO. Ahora le entregarán mil quinientas pesetas... El único, sí.

LEON. Pablito...

PATRO. (*A León.*) Me duele lo mismo que a ti, pero no hay más remedio, y cuando no hay más re-

medio, las cosas se hacen cuesten lo que cuesten.

LEON. Entonces... ¿Pablito?

PATRO. Sí... Pa... Pablito.

LEON. Bien...

PATRO. Pues... pues... (*Resignada.*) A decírselo.

LEON. Sí. Díselo.

PATRO. Tú.

LEON. Tú.

PATRO. ¡Tú! ¡¡Tú!!

LEON. ¡¡No, yo no, yo no!!

PATRO. Los hombres no servís para nada. ¡Se lo diré yo!

LEON. Muy bien.

PATRO. Eres un apocado y un mandria. Cuando llega la hora de resolverse no se puede contar nunca con vosotros.

LEON. Nunca. Ya te he confesado que lo de león no me va.

PATRO. ¡Mandria, mandria!

LEON. Dispénsame, Nerón.

PATRO. No hace falta ninguna ferocidad. Es sencillamente discurrir las cosas y afrontar las situaciones.

LEON. Afrontarlas... nada más.

PATRO. No pienses que es ningún plato de gusto; pero se retuerce uno el corazón... ¡y se hacen!

LEON. Muy bien, muy bien.

ESCENA XIII

Dichos; Pablo, por foro.

PABLO. Hola, padres.

LEON. Hola. (*Marchándose.*) Adiós, Pablito.

PATRO. (*Deteniéndole.*) ¡Quédate!

LEON. ¿Para qué, si eres tú quien lo va a decir?

PATRO. Pero tú lo vas a sostener.

LEON. Al contrario... Si me quedo tendrá él que sostenerme a mí.

PATRO. ¡¡Quédate!!

LEON. (*Resignado.*) Bien...
PABLO. (*Que dejó el sombrero sobre una silla.*) Notición, padres. Ya me pagaron las mil quinientas.
PATRO. Me alegro muy de veras, porque con tu sueldo y con la base de esas pesetas...
PABLO. No hay base, doña Patrito; las mil quinientas ya volaron.
PATRO. ¡¡Pablo!!
LEON. ¡¡Muy bonito!!
PATRO. Me sorprende bien en ti esa acción.
PABLO. Ya descontaba yo que reñiríais.
LEON. ¿Pero no te preocupa?
PABLO. No.
LEON. ¡¡Muy bonito!! (*A Patro, aparte.*) Celebro que se desmande, porque riñendo es más fácil decir las verdades.
PATRO. Igual.
LEON. Pues anda con él.
PATRO. Ahora mismo. Pablo...
PABLO. Dispénsame, madre... Es la primera cantidad de importancia que cobro en mi vida... ¡y me quemaba en las manos!
LEON. Como si lo viera. ¡Te las jugaste!
PABLO. Como si no lo vieras. No las jugué.
LEON. ¿No?
PABLO. No. Empecé por comprarme un reloj precioso, que me costó tres mil reales.
PATRO. Ya pudo escogerlo más barato su excelencia.
PABLO. Sí pude; pero no quise.
PATRO. ¿Un capricho?
PABLO. Un capricho.
LEON. ¡Y una locura!
PABLO. También una locura, pero a la que fuí con muchísima ilusión.
PATRO. ¿Tan precioso es?
PABLO. Tan precioso. (*Sacando el estuche.*) Míralo.
PATRO. ¡Pero esto es un reloj de mujer!
PABLO. De mujer, claro. Como que es para ti, madre.
PATRO. ¡Qué disparate..., qué disparate! No, no, ¡¡qué disparate!! (*Y le abraza conmovida.*)

LEON. ¡Son tontas de remate las mujeres!... ¡Con un cariñito que las hagan se ponen ya como si fueran a derretirse!

PABLO. Y los otros tres mil reales, justitos, me los gasté en un reloj de hombre...

LEON. (*Echando a Patro para abrazarle él.*) ¡Qué disparate! ¡¡No... no... qué disparate!!... ¡Para mí, no, Pablito!

PABLO. Aun no he dicho que fuera para ti.

LEON. ¿Y qué importa que aun no lo hayas dicho? Si no lo adivinara... ¡no lo merecía, Pablito, no lo merecía!

PABLO. Pues ahí lo tienes.

LEON. ¡Qué hermosura! Es mucho más precioso que el tuyo.

PATRO. (*Indignada.*) ¡Qué ha de ser!

LEON. El mío es de oro. Fíjate.

PATRO. Y el mío también.

LEON. Pero el mío tiene sonería. ¡Fíjate!

PATRO Y el mío una orla de brillantes.

LEON. Pero el mío vale más que el tuyo.

PATRO. No sé por qué: han costado exactamente igual.

LEON. ¡Quiá! Este es de más precio; sólo que se lo rebajaron por llevar dos. ¿Verdad, Pablito?

PABLO. (*Riendo.*) Verdad.

LEON. ¿Lo ves? ¡Es magnífico, chico! (*Abrazándole.*) Te lo prestaré cuando vayas a ver a la novia.

PABLO. Muchas gracias.

PATRO. Los estimamos muchísimo..., ¡¡muchísimo!! Pero no podemos consentirte un gasto así. Hay que devolverlos.

LEON. (*Indignado.*) Devolver el tuyo, ahora mismo...; ¿pero el mío? El mío no me lo quitan ya más que a la fuerza.

PABLO. Bien hecho.

LEON. Lo llevaré siempre, y cuando se descomponga, mientras lo arreglan me quedaré yo también en la relojería.

PATRO. Es porque no gaste tanto... ¡Compréndelo!

PABLO. Por eso no. La satisfacción mía consiste preci-

samente en que sea para vosotros, íntegra, la primera cantidad que cobro. Sobrándome una peseta..., sobrándome un céntimo, ya no era tan completo el gusto.

LEON. No se lo expliques, hombre, que no lo merece.

PATRO. ¡¡León!!

LEON. ¡Eres una desagradecida!

PATRO. ¡¡León!!

PABLO. Acéptalo, madre.

PATRO. (*Abrazándole.*) ¡Pablito!

LEON. Ingratas... y tontas. Se derriten en seguida.

PABLO. ¿Estáis contentos? Pues yo también, y no hay que hablar más de ello.

PATRO. (*Yendo a León.*) Cada momento así compensa muy de sobra todos los sacrificios pasados.

LEON. (*Socarrón.*) Y pensar que ahora tienes que darle tú la tremenda noticia...

PATRO. (*Queriendo no entender.*) ¿Qué noticia?

LEON. La de echarle.

PATRO. ¿Yo?

LEON. En eso hemos quedado.

PATRO. ¡No, yo no!

LEON. Recuérdalo.

PATRO. ¡No mientas!

LEON. ¿Que no mienta?

PATRO. (*Acongojándose.*) Yo no he dicho semejante cosa... ¡Eres tú que siempre hablas de mala fe!

PABLO. ¿Qué pasa?

LEON. Ahora lo sabrás. (*Empujándola.*) Anda, díselo.

PATRO. Díselo tú si eres tan infame.

LEON. Yo no. Los hombres no servimos para nada.

PATRO. ¡León!

LEON. Somos unos mandrias. Tú, tú, que eres valerosa y fuerte.

PATRO. ¡No seas cruel!

LEON. Cuando no hay más remedio, las cosas se hacen, cuesten lo que cuesten. Son tus propias palabras. ¡Conque andando; a decirlo de una vez!

PATRO. ¿Ha de ser?
LEON. Ha de ser.
PATRO. Pues oye lo que le digo. ¡Pablo!
PABLO. Madre...
PATRO. (*Abrazándole.*) ¡¡Pablo!!
PABLO. ¿Pero qué os pasa?
LEON. (*Apartando a Patro bruscamente.*) Para decirle eso únicamente, para eso, también los mandrias tenemos energía. ¡Pablo!
PABLO. ¿Padre?
LEON. Pablote... ven acá. (*Y le abraza.*)
PABLO. (*Que no sale de su asombro.*) Pero ¿qué diablos os pasa?
LEON. Pues pasa, que Patrocinio quería decirte...
PATRO. (*Espantada.*) ¡¡Calla!!
LEON. ¿Por qué?
PATRO. ¡¡Calla, por Dios, calla!!
LEON. No. Sábelo, Pablito. Patrocinio, tu madre, tu madraza, tenía miedo de que ahora quisieras abandonarnos tú.
PATRO. (*Echándose en brazos de León, conmovida y agradecida por la mentira generosa.*) ¡¡León!!
PABLO. ¿Abandonaros cuando empiezo a ser útil? ¡Eso sería una canallada!
LEON. (*Gozoso.*) Oye, oye. No, oír es poco. Cómete esas palabras.
PATRO. Pablito, perdóname...
PABLO. (*Riéndose.*) ¡Que te perdone yo! Os lo debo todo, que sin vuestra caridad...
LEON. ¡A callar!
PABLO. Sin vuestro corazón...
LEON. ¡¡A callar he mandado!! Pablo, busque usted a Pérez, baje usted con Pérez y suba usted con Pérez cuatro botellas de "champagne".
PATRO. León...
LEON. ¡Cinco botellas!
PATRO. Pero León...
LEON. ¡Seis botellas!! (*Patrocinio baja la cabeza, como antes Pablo.*) Yo lo mando. ¡Por fin, salió el león! Busca, baja, sube. Vete.
PABLO. Voyme. (*Mutis Pablo por el foro.*)

ESCENA XIV

Patro y León.

LEON. Resignémonos, Patro... Ellos no pueden vivir sin nosotros, y nosotros no tenemos alma para desprendernos de ellos. Resignémonos, Patro, a tener el alma así.

PATRO. (*Riendo.*) Me resigno, León...

LEON. Bien están los que ya están.

PATRO. ¡Pues claro!

LEON. Pero sea quien sea y por la razón que sea, aquí no entra nadie más.

PATRO. ¿Qué duda tiene eso? ¿Tan locos íbamos a ser?

LEON. No le tengo miedo a nuestro juicio, que bien claro es, pero le tengo miedo a nuestro corazón de mantequilla.

PATRO. Pues juremos.

LEON. Te lo juro, Patro.

PATRO. Te lo juro, León.

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración. Es por la mañana, en diciembre.

ESCENA I

León, sentado leyendo. Luego, por izquierda, *Carlota* y *Amparo.*

LEON. ¡Ya está aquí la noticia de siempre! "Parece ser un hecho definitivo que las izquierdas liberales van en plazo muy breve a la concentración." Yo no sé si se concentrarán, pero que andan en concentrarse lo sé hace diez años

lo menos. Y ahora buscaremos lo del banquete. ¡No lo trae! Debe ser un olvido del periódico. (*Pausa.*) Seguramente.

AMPA. Ahí tienes la lista grande, papá.

LEON. No me gusta comprarla en el mismo día, para ir disfrutando de mis billetes con tiempo y con lógica.

CARL. Tiempo, sí..., ¿pero lógica?

LEON. También, porque esta lotería de Navidad lo merece. Yo aguardo el premio gordo con las mismas probabilidades que todo el mundo. Se celebra el sorteo, cae el gordo en Almería, y yo adquirí el décimo en Madrid... ¡Una probabilidad menos! Y le cae a don Fermín Cercarro. Yo no soy don Fermín... ¡Otra probabilidad menos!

AMPA. Exactísimo.

LEON. Luego debo renunciar por este año al premio gordo. ¿Ves la lógica?

CARL. La veo.

LEON. Premio segundo. Cae en Madrid..., una probabilidad más. Pero cae al Banco Hispano Americano...

CARL. Tú no eres el Banco Hispano Americano..., y nosotras nos largamos al Retiro.

LEON. Muy bien.

AMPA. Adiós, papaíto. (*Mutis los dos por el foro.*)

ESCENA II

León; luego *Pérez,* por foro.

LEON. Vamos con los pequeños. (*Cotejando.*) Once mil ciento veintiuno..., once mil ciento veintiuno...; no hay once mil ciento veintiuno. Quinientos veintidós..., quinientos veintidós...; no hay quinientos veintidós. Seiscientos setenta y ocho..., seis, siete, ocho... Hay seis, siete, ocho, pero no están juntos. ¡Qué lástima! La torpeza de siempre: jugar a los que no caen, cuando hubiera costado lo mismo jugar a los

que caen. ¡Ay..., qué feliz debe ser el hombre a quien le toque un buen premio! Aunque no fuera más, me gustaría conocerle... Tendremos paciencia por este año.

PEREZ. Buenos días, don León.

LEON. Hombre, Pérez, ¿se puede saber de dónde sales a estas horas? Toda la mañana preguntando por ti..., y ya empezábamos a estar intranquilos temiendo que te hubiera pasado algo.

PEREZ. (*Risueño.*) Dispénsenme ustedes, pero es que me ha tocado...

LEON. (*Brincando.*) ¡Ah! ¿Mucho? ¿Cuánto? ¿El gordo?

PEREZ. No, no. Que me ha tocado de guardia en Telégrafos.

LEON. ¡¡Pérez!!

PEREZ. ¿Don León?

LEON. Pérez..., ahora te vería en el patíbulo sin inmutarme.

PEREZ. ¿Qué culpa tengo yo, señor?

LEON. (*Asperamente.*) Bueno, bien. La noche de guardia, ya lo sabíamos... ¿Pero a primera hora de la mañana, por qué no has venido como siempre?

PEREZ. Por qué fuí a ver al pavo.

LEON. ¡Qué horas tiene de visita!

PEREZ. Ya sabe usted, el pavo que todos nosotros tenemos el honor de regalarles a doña Patro y a usted en tal día como hoy.

LEON. Y que se agradece muchísimo.

PEREZ. Bien; pues verá usted... El año anterior no estuvo doradito, como le gusta a doña Patro, y hoy me dije: "Pérez, ya que están en pie a la hora del horno, anda tú mismo a vigilar." Y fuí, y vigilé, y viene doradito..., ¡doradito!, ¡doradito como le gusta a doña Patro!

LEON. ¡Pérez!

PEREZ. ¿Don León?

LEON. Pérez..., si ahora te viera en el patíbulo, te descolgaba.

PEREZ. Muchas gracias. Siempre fué usted lo mismo de bueno para mí.

ESCENA III

Dichos; Pablo, por foro.

PABLO. (*Con tambores, panderos y zambombas.*) Aquí está un hombre.
LEON. ¿Y eso para qué es?
PABLO. Para hacer ruido.
LEON. ¡Lo creo!
PABLO. La Navidad sin voces, sin cantos y sin barullos, no es Navidad.
LEON. Pues alborotaremos.
PEREZ. Yo también había hecho unas cornetas de cartón..., pero no sonaban.
LEON. Me lo figuro.
PABLO. Toma un pandero, Pérez. Y el palillo, sácalo del gabán, que me faltan manos para la maniobra.
PEREZ. Gracias, Pablito. Si tú quieres una corneta...
PABLO. No. ¿Trajeron unos turrones?
LEON. Pero ya había en casa mucho.
PABLO. Mejor. Así habrá más.
LEON. (*Abrazándole.*) ¡Ay, Pablo, Pablo!
PEREZ. Bien te echamos de menos anoche...
PABLO. El delegado no me dió permiso hasta hoy.
LEON. ¿Estás a gusto en Toledo?
PABLO. Sí; muy bien. Pero sobre todo, lo que estoy a gusto es con el ascenso. En dos meses, a cuatro mil. ¡Vivan las reformas de Hacienda! ¡Viva la Junta del Personal!
PEREZ. (*Dando al pandero.*) ¡¡Que vivan!!
LEON. Anda a ver a la madre.
PABLO. Un momento, porque he de volver a salir para una cosita.
LEON. ¡No gastes más dinero, Pablo!
PABLO. Unas flores, ¿no? Unas flores para la madre, ¿no? Dilo y me gasto el doble.

LEON. Bueno, gasta sencillo. ¡Así la tienes de embobada!
PABLO. Oye, padre... ¿y la vecinita? ¿Tan guapa?
LEON. Tan guapa.
PEREZ. Y pregunta por ti, Pablito...; pregunta mucho.
LEON. Este ha dado en el clavo. Hale, a ver a la madre... y a dejar la tienda en cualquier lado.
PABLO. Andando. *(Mutis los tres por izquierda.)*

ESCENA IV

León; Francisquito, por derecha.

FRAN. León... ¿Una palabra?
LEON. Sí..., hombre.
FRAN. ¿Quieres oír el capítulo final de mi gran novela?
LEON. *(Riendo.)* La historia de un Faraón...
FRAN. No, no... La historia de mi vida. Oye. Capítulo final. De cómo el tío Francisquito acepta la última abdicación, se rinde, se entrega y concluye.
LEON. ¿Qué dices?
FRAN. Se fué mi casa, se fueron mis muebles, se fueron también mis ilusiones..., y el tío Francisquito se ha deshecho, se ha evaporado... ¡se murió! ¿Lo quieres recoger mientras no se lo llevan entre cuatro?... Quieres?
LEON. *(Abrazándole.)* ¡Sí, hombre, sí!
FRAN. De sobra comprendo lo que voy a pesaros...
LEON. No hables de eso siquiera, que entre nosotros no puede haber dificultad ninguna..., ningu... ¡Me mata!
FRAN. ¿Quién?
LEON. *(Sonriendo.)* Patro... Pero como se alegrará por ti..., y como, además, le doy ocasión para que censure la poca entereza de los hombres..., de las dos cosas estará contenta.
FRAN. Perdóname.
LEON. Es verdad que habíamos prometido, que nos habíamos jurado mutuamente... ¡Pero eso no

se refiere al tío Francisquito! ¡No tengas duda por Patro! A ti te admite... Lo único que podrá ser es que me eche a mí.

FRAN. ¡¡León!!

LEON. *(Llevándoselo abrazado.)* Déjame hablarle...; pero como si ya lo hubiese oído también de sus labios. *(Mutis los dos por la derecha.)*

ESCENA V

Pablo y Rosita, por foro.

PABLO. *(Mira si hay alguien, hace señas a Rosita, que trae una cesta de ramas y flores sueltas y las van colocando entre los dos, de prisita. Sobra un puñado, que dejan sobre una mesa lateral. Dándole un duro.)* Para todas las de la tienda.

ROSIT. Muchas gracias. *(Marcha.)*

PABLO. ¡Ah, oye!... *(Abrazándola.)* Para ti sola.

ROSIT. Muchas gracias. *(Mutis por el foro.)*

PABLO. No hay de qué. *(Mutis por la derecha.)*

ESCENA VI

Patrocinio y *Teresa,* por izquierda.

PATRO. *(Trayendo a Teresa.)* No te desesperes, mujer, no te desesperes, que ya está arreglado todo.

TERE. ¡Ay, doña Patro!

PATRO. Nada, nada. Resueltamente vienes a vivir con nosotros.

TERE. No, no...

PATRO. Una criatura como tú no se va sola por el mundo. ¡Qué horror! Y yo no te he dicho que contaras conmigo para abandonarte cuando más me necesitas.

TERE. Si usted supiera...

PATRO. ¡Qué añadirás que ya no sepa de ese bandido de tu padrastro! Las borracheras, los golpes...

TERE. Ahora no me maltrata.

PATRO. ¿No?

TERE. No. Está muy cariñoso...
PATRO. Mejor.
TERE. Y esta mañana se acercó de pronto... y me besó.
PATRO. Si te mira como un padre, ¿qué más puedes pedir?
TERE. Es que no fué un beso paternal...
PATRO. ¿Cómo que no?
TERE. No, señora... Fué... fué..., yo no sé cómo decírselo...
PATRO. *(Brincando indignada.)* ¡¡Ah!! ¡¡Fué un beso de "cine"!!
TERE. Sí, señora...
PATRO. ¡El grandísimo puerco!
TERE. Y porque le rechacé, indignada, me zarandeó y me pegó...
PATRO. ¡¡El grandísimo sinvergüenza!! En cuanto yo lo pille a mano no le queda un pelo en la cara.
TERE. ¡¡Qué va a ser de mí!!... ¿Puedo volver a mi casa? ¿Puedo?
PATRO. ¡No! Pero tienes la mía.
TERE. Son ustedes ya muchos...
PATRO. Precisamente por eso no importa nada uno más. ¡Desde que estamos apretados nos sobra sitio!...
TERE. Voy a molestar...
PATRO. A nadie. Te daremos la alcoba de Pérez y a él lo llevamos a dormir al comedor. Más espacio, más aire... ¡Sale ganando! El ama de Ricardín, que dormía en el comedor, va a la cocina. Más recogiditos, más calor para el niño... ¡Salen ganando! Y la muchacha, de la cocina, va a dormir en la despensa. Como es muy glotona, me pescará las galletas y los bizcochos... ¡Sale ganando! Y si todos ganan, ya ves tú si es gran suerte para todos el que vengas con nosotros.
TERE. Siempre tiene usted razón, doña Patrocinio, sólo que usted no es doña Patrocinio, es doña Bondades.
PATRO. ¿Quieres?

TERE. ¡No he de querer!
PATRO. Pues ya está dicho. A preparar el baúl.
TERE. Mi baúl es un pañuelo... ¡y no sé con qué llenarlo!
PATRO. Mejor, porque... *(Interrumpiéndose.)* ¡Me mata!
TERE. ¿Eh?
PATRO. ¡Me mata!
TERE. ¿Quién?
PATRO. León.
TERE. ¡¡Ay, me rechazará!!
PATRO. No tengas miedo, pero déjame hablarle a solas, porque al principio gruñirá un poco.
TERE. ¿Enfadándose?
PATRO. Por dentro, no; por fuera, sí. Yo lo iré llevando para que sea él quien lo ofrezca... Si cree que es idea suya, me la impondrá.
TERE. ¡Ay, ay!... ¡Me parece que viene!
PATRO. *(Levantándose rápida.)* ¡Pues vámonos!
TERE. ¿No le espera usted?...
PATRO. ¡No! La mujer no debe nunca demostrar que espera al hombre... ¡ni para pelearse! Anda, anda... *(Mutis las dos por la izquierda.)*

ESCENA VII

León, por derecha; luego, *Patrocinio*, por izquierda.

LEON. Ha florecido esto..., ¡buena señal! Floreceré yo también, por lo menos, al exterior. Y a ver si la llevo, poco a poco, para que ella se sienta generosa y brinde la hospitalidad...
PATRO. *(Asoma despacio, algo sorprendida.)* ¡Ay, León!...
LEON. *(Alegre y como si no la hubiese visto hace quinientos años.)* ¡¡Ay, Patro!!
PATRO. ¡Qué bien vais la flor y tú!...
LEON. ¿Sí?
PATRO. Sí.
LEON. Es muy linda... *(Al tiempo que mira la flor de la solapa, aparte.)* Viene de buen humor... ¡Magnífico!

PATRO. *(Aparte.)* Está contento... ¡Admirable!
LEON. ¿Qué hay, Patrito?
PATRO. Nada. Estuvo aquí ahora Teresa... ¡Qué chica más excelente! Se lo merece todo.
LEON. Son tantos lo que merecen...
PATRO. Tantos...
LEON. Y tan pocos lo que consiguen...
PATRO. Tan pocos...
LEON. Que cuando se puede hacer algo en su obsequio y no se hace, queda uno rabioso consigo mismo.
PATRO. Es mucha verdad.
LEON. Y, por el contrario, si se hace diríase que es uno quien recibe el favor.
PATRO. Así es.
LEON. Aunque luego traiga algún enojo o alguna peleílla...
PATRO. Aunque la traiga.
LEON. ¿Piensas igual que yo?
PATRO. Igual, exactamente igual.
LEON. *(Oliendo la flor, aparte.)* ¡Cómo la voy llevando!...
PATRO. *(Aparte.)* ¡Cómo viene a las mías este infelizote!...
LEON.
PATRO. } *(A un tiempo.)* Pues precisamente...
PATRO. Tú primero.
LEON. Primero tú.
PATRO. Tú primero.
LEON. Bien, pues yo. Iba a decir que precisamente ahora habló conmigo el tío Francisquito pidiéndome que lo amparásemos.
PATRO. ¿El tío Francisquito? No me sorprende.
LEON. Le profesamos un gran cariño. Es el único hermano de mi padre. ¡¡No supe ni vacilar para concedérselo en tu nombre y en el mío!!
PATRO. León..., tú has creído en conciencia que debías hacerlo y lo has hecho. Bien hecho está, León.
LEON. *(Que cerró los ojos espantado, va abriéndolos poco a poco, sorprendido de que no haya triful-*

ca, pero contentísimo.) ¡Si vieras la caridad que haces! Dios te la pague.

PATRO. ¿Iba a ser un afán tuyo y a oponerme yo? ¡No me conoces, León! *(Aparte.)* ¿Creo que no le puedo decir mejor que no desatienda el mío?...

LEON. *(Oliendo la flor.)* ¡¡No creía ya escapar así, no!! Y tú, ¿qué deseabas decirme?

PATRO. Que Teresa tiene que marcharse de su casa... y no tiene casa adonde ir.

LEON. ¿Y eso? ¿Qué le sucede?

PATRO. El padrastro que... que se le ha propasado.

LEON. ¿El padrastro? ¡A ése le quito yo la cara!

PATRO. Quítale otra cosa..., porque ésa ya he prometido yo que se la desfiguro.

LEON. No importa. Va a ser como si le cayeran las dos series del billete.

PATRO. Y con el espanto de lo que pueda ocurrir si no la separamos de ese mal bicho, le dije *(Con inquietud)*, le dije... que viniera a vivir con nosotros.

LEON. *(Como la cosa más sencilla.)* Naturalmente.

PATRO. ¿Naturalmente?

LEON. Claro. ¿Qué le ibas a decir? En aquellos momentos, cualquier otra cosa, ofrecerle unos claveles o preguntarle si tocaba el piano, no era procedente.

PATRO. ¿Entonces hice bien?

LEON. Muy bien.

PATRO. ¿Puede venir?

LEON. Desde ahora mismo. No la quieres tú más que yo. Mi único temor en estos lances es el no poder con la carga.

PATRO. Eso no. Las fuerzas llegan siempre adonde quiere hacerlas llegar la voluntad, y como la nuestra es muy grande, viene a ser igual que si fuéramos inmensamente ricos.

LEON. Igual. Y a fuerza de traer gente acabaremos en millonarios.

PATRO. Aunque lo digas en broma. Avisa al tío Francisquito.

LEON. Avisa a Teresa. *(Marcha.)*

PATRO. Adiós, millonario.
LEON. Adiós, riquísima. *(Acercándose.)* Y esto no es la primera vez que te lo digo... ¡que de muchachos!...
PATRO. ¡A buena hora, hombre!
LEON. Siempre es un recuerdo gratísimo...
PATRO. Pues recuerdos.
LEON. Se los daré. *(Mutis por derecha.)*

ESCENA VIII

Patrocinio; el *Padre Solsona,* por el foro.

P. SOL. Vengo a invitarles personalmente para mi gran día.
PATRO. ¿De misacantano ya?
P. SOL. El siete del próximo enero, a las once, en San José.
PATRO. ¿Tu primera misa? ¡Ay, qué bien! ¡Allá iremos todos! ¡Quién me diría que aquel rapaz que llevaba los cestos de nueces y de castañas a la casona de la aldea iba a ser un señor cura, al que tendré muchísimo respeto!
P. SOL. Yo a usted siempre.
PATRO. Pues los dos. Siéntate.
P. SOL. ¿Y doña Clotilde?
PATRO. Mejor, pero aún no se levanta.
P. SOL. ¡Cómo se han portado con ella! Tienen ustedes un corazón inagotable.
PATRO. No se hizo nada extraordinario.
P. SOL. ¡Así les adoran!
PATRO. ¡Bah, bah!...
P. SOL. Aunque ellos de por sí debieran buscar algo más para defenderse.
PATRO. ¿Algo más?
P. SOL. Se espabilan muy poco.
PATRO. Se conforman. Bastante es.
P. SOL. ¿Por qué no trabajan?
PATRO. ¿Quiénes?
P. SOL. El don Francisquito, Carlota, sus mismas hermanas de usted...

PATRO. ¡Qué consejo más candoroso!

P. SOL. No tanto, que las corrientes de hoy permiten a las mujeres una amplitud de oficios y de profesiones...

PATRO. *(Sonriendo.)* No, no... Las corrientes de hoy son para los que han nacido ayer, para los que oyeron esas ideas desde chiquillos y las ponen en práctica como la cosa más natural y más sencilla. ¿Pero les vas a decir que cambien de rumbo a hombres de cincuenta años? ¿Les vas decir a mujeres de cuarenta que cambien de preocupaciones y que empiecen ahora los cursos de la Normal o de Medicina? Y si te escucharan... ¿adónde irían a parar las pobrecitas cuarentonas luchando para conseguir una plaza con toda la juventud, más preparada, más ágil de memoria y más audaz?

P. SOL. Eso es cierto.

PATRO. Una ilusión, curita, una ilusión. A mis hermanas y a Carlota las educaron muy bien según entonces se pensaba: gobierno de una casa, labores de adorno, piano y un poco de francés. Lo bastante para hablar con los españoles. Pero como no hay casa que gobernar, fué inútil cuanto aprendieron.

P. SOL. Inútil, lo reconozco.

PATRO. Les quedó una renta modestísima, y a Carlota una pensión... ¡Vivían! Vino la subida loca de los precios... ¡y ya no pueden vivir! Y mientras los negociantes se enriquecen, los empleados se imponen y los obreros mejoran visiblemente, los burgueses de rentitas y pensioncitas se han hundido para siempre.

P. SOL. Verdad, verdad...

PATRO. A ellos no les queda más que la resignación, y a nosotros nos queda un camino: desentendernos... y dejarlos morir...

P. SOL. ¡Eso sería muy cruel!

PATRO. Entonces lo que hacemos: reunirnos, apiñarnos, traerlos para casa y vivir peor todos para que algunos puedan vivir siquiera.

P. SOL. Esa es la caridad.

PATRO. Y la necesidad. Las teorías nuevas, admirables, pero aplicadas a la gente nueva, que para la vieja ya no sirven. Ya ves aquí el ejemplo. ¿Quién triunfa? Pablito, el joven. ¿Quiénes se hunden? Todos los demás, los viejos.

P. SOL. Carlota no tiene tantos años.

PATRO. Eso lo dices porque no sabes dos cosas muy sabidas de las mujeres: que las guapas no necesitan robar, porque roban los hombres para ellas, y que las feas no necesitan de años para envejecer.

P. SOL. No lo sabía; no, señora.

PATRO. Y no censures, pues, a estos desdichados. Unos llegaron tarde a la vida y otros llegaron mal...

P. SOL. ¡Lo que aprendo escuchándola!...

PATRO. Porque del mundo no conoces nada. Y para lo poco que yo conozco, tómame por amiga; pero no me tomes por arzobispo.

P. SOL. No, señora, no. ¿Podría saludar a don León y al abuelo? *(Levantándose.)*

PATRO. ¡Sí! Y de tus padres, ¿tienes noticias?

P. SOL. Buenas... pero de hace mes y medio. Como no saben escribir... he de resignarme a escribirles yo... y a enterarme de ellos por casualidad.

PATRO. ¡Qué pena el no recibir jamás contestación a las expansiones que se tengan!

P. SOL. Parecía natural que eso enfriara mis entusiasmos al escribirles... y es al revés: el que no me respondan me produce una sensación extraña, pero dulcísima.

PATRO. ¡Qué raro!...

P. SOL. No sé bien lo que es... Mis amores son el cielo y mis padres. Cuando rezo, el cielo no me responde... *(Riendo.)* ¡Claro! Y cuando escribo a mis padres, tampoco me responden... *(Con amargura.)* ¡Claro!... Y yo he llegado a figurarme que mi carta y mi oración van siempre las dos juntas para el cielo, y por eso no recibo jamás respuesta de ninguna...

PATRO. *(Sonriendo.)* Quizás vayan... Ahora podréis reuniros los padres y tú.

P. SOL. Eso espero.

PATRO. ¿Estarás muy contento?

P. SOL. Enormemente. Es una alegría y una satisfacción que me rebosa por el cuerpo y por el alma.

PATRO. Así debe ser.

P. SOL. Y orgullo también. No por mí, por los míos.

PATRO. ¿Vendrán los padres ese día?

P. SOL. ¡No han de venir! ¡Son mis padrinos de altar!

PATRO. Pues también ésos van a sentirse orgullosos!

P. SOL. ¡Como nadie! Discúlpenos a todos, doña Patro...

PATRO. ¿De qué? ¡Si eso es muy legítimo!

P. SOL. De tanta vanidad. Pero hay que hacerse cargo de lo que significa para nosotros... Somos una familia de labradores... ¡Menos aún, de míseros labriegos! Hasta que ingresé en el Seminario, yo no había visto más que a la tierra y a quien la cultiva. Padres, hermanos, amigos... todos viven de la tierra, y sólo miran a lo alto para escudriñar otra vez si las nubes serán propicias a las cosechas de la tierra.

PATRO. Siempre la tierra...

P. SOL. Siempre.

PATRO. Así la quieren.

P. SOL. Así. De memoria de hombre no sé que los míos fueran sino aldeanos, y en edades más remotas, seguramente unos siervos infelices apegados al terruño... ¡¡y tanto cuerpo que se encorvó para sembrar un día y para espigar otro, tanta mano con la azada y con la hoz y con el abono inmundo... hoy verá una mano de las suyas que bendice y que eleva la Hostia Santa!!

PATRO. ¿Qué justificación mayor?

P. SOL. Es verdad. *(Cogiendo una mano de Patrocinio con las dos suyas.)* Pero dispense que me mos-

trara tan envanecido... ¡Dispénseme! (*Mutis por derecha.*)

PATRO. (*Sonriendo.*) Vaya con Dios, curita; vaya con Dios...

ESCENA IX

Patrocinio; Pablo, por foro.

PABLO. Madre... Por si esta noche quieres cantar villancicos, traje panderos y zambombas. ¡¡Hoy no hay quien duerma en la casa!

PATRO. Lo que tú quieras...

PABLO. ¿Estás disgustada por algo?

PATRO. Disgustada, no; conmovida. Tuve una conversación con el curita que me llegó muy honda... y acababa de tener otra con Teresa que me partió el alma.

PABLO. (*Súbitamente serio.*) ¿Por qué, madre?

PATRO. Tiene que marcharse de su casa.

PABLO. ¿Más palizas, más escándalos?

PATRO. Y otras razones..., ¡otras!

PABLO. ¡Ah!...

PATRO. Y menos mal para ella que la recogemos nosotros. ¡Si no, al medio de la calle! ¡Qué dolor de criatura, qué dolor! En fin, voy a disponer su cuarto. (*Mutis por izquierda. Pablo queda inmóvil un instante, y luego lleva las ramas a los jarros. Entra Teresa por foro, y Pablo corre a ella, tratando de levantarla por los codos con las manos abiertas.*)

ESCENA X

Pablo; Teresa, por foro.

TERE. (*Reconviniéndole dulcemente.*) Pablo...

PABLO. ¡Ay, perdón! Creí que me faltabas tú por colocar.

TERE. Si supieras la verdad que dices, tal vez ni en broma lo dirías.

PABLO. ¡La sé, vecinita primorosa! ¡La sé!
TERE. (*Echándose a llorar.*) ¡Pues si la sabes, no eres bueno conmigo, Pablo!
PABLO. Arriba tuviste penas, pero aquí no hay por qué tenerlas. Quita esas manos de la cara..., quítalas... y te cuento un cuento.
TERE. (*Mirándole a través de los dedos y ya risueña.*) ¿De qué es?
PABLO. Quítalas primero.
TERE. (*Obedeciendo.*) A mí me gustan más las historias.
PABLO. Es que la mía también pica en historia.
TERE. Entonces...
PABLO. ¿Te la cuento?
TERE. ¿Es bonita?
PABLO. Como tú.
TERE. ¿Y es seria?
PABLO. Como yo.
TERE. (*Alarmada.*) ¡¡¡Huy!!!
PABLO. ¿Te pareció poco exacta la comparación?
TERE. Muy poco.
PABLO. Pues te equivocas. Cuando no hay por qué... ¡vengan risas, que son mejores! Pero cuando hay motivo me quedo más grave y pongo la cara más larga que el hombre que va con la novia a tomar un refresco, no lleva más que un duro... y el camarero lo hace sonar en el mármol de la mesa... ¡Aunque no sea falso, se le cae a uno encima el café con todos los veladores y un pedazo de mostrador!
TERE. Sí que ha de ser un rato...
PABLO. ¡Cruel! Y la novia que mira..., y la mamá que mira..., ¡hasta que el mozo sonríe y cambia no hay hombre que respire!
TERE. Pues ya te creo... Tú eres formal... y el duro es bueno. ¿Qué más?
PABLO. ¿Del cuento?
TERE. Sí. Una vez era un príncipe...
PABLO. Casi, casi..., porque era un empleado, ascendido por las benditas reformas de Hacienda.
TERE. Quita el casi. Príncipe hecho y derecho.

PABLO. ¡Cuidado, vecinita seria, que se está usted burlando de lo que es muy respetable y muy hermoso! Ese muchacho no tenía oficio ni beneficio, viviendo de la bondad de unas buenas almas, muy agradecido, pero muy avergonzado. Hace las oposiciones, y a fuerza de fuerzas y sin una recomendación, gana la plaza de las tres mil, y en dos meses asciende a las cuatro mil pesetas, seguras para toda la vida y con los ascensos reglamentarios. Eso... de la noche a la mañana. ¿Te das cuenta de lo que ese hombre piensa hoy, de lo que se cree hoy, comparándose con ayer? Aunque te burles, ¡un príncipe, vecinita, un príncipe!

TERE. Tienes razón. ¡Fuí yo la torpe no viéndolo! Pero eso pasa muchas veces: quiere una ver..., se mira, se abren los ojos enormemente, parece que nos hemos enterado de todo..., y luego resulta que no se ha visto nada. (*Haciendo una reverencia de corte.*) ¿Me perdonáis, alteza?

PABLO. (*Tendiéndole la mano.*) Perdono. (*Ella la estrecha.*) No, no, besándola. Es la etiqueta.

TERE. ¿Uno muy chiquirritín?

PABLO. Muy chiquirritín..., si la generosidad no llega a más.

TERE. Ya está. (*Besando muy poquito.*)

PABLO. ¡Roñosa!

TERE. (*Pausa.*) ¿Roñosa? (*Dulcemente.*) Beso que nace de la mentira de una fábula; beso de ensueño, al que nunca seguirá otro en la realidad; beso de mujer que todavía no tiene por qué saber cómo se besa... ¿Y no pasó de la piel, vecino?

PABLO. ¡No había de pasar! Si lo quieres recoger, hazme pedazos, que en la carne ya no está.

TERE. ¿En el alma?

PABLO. ¡En el alma!

TERE. Aunque no sea verdad, el oír que lo apreciaron es una buena disculpa para mí. Sigue.

PABLO. ¿Contando? Ya sabes cómo es él: ella es una reina.
TERE. ¿Reina de veras?
PABLO. Sí... Sólo que no tiene reino.
TERE. Así hay muchas.
PABLO. Pero lo merece.
TERE. Así hay menos.
PABLO. Y mientras aguardaba por la existencia esplendorosa debida a su rango, la pobre vivía en un quinto piso, bordaba ropa blanca para una tienda... y escuchaba a diario las palabras soeces de su padrastro.
TERE. ¡¡Pablo!!
PABLO. (*Sonriendo.*) ¡Vecina! Al futuro empleadillo—ahora está en su verdadera categoría—le gustaba la reina bordadora.
TERE. Algo es.
PABLO. Pero como pensaba en ella honradamente y no tenía nada que ofrecerle, no despegó jamás los labios.
TERE. Leal fué...
PABLO. Mas cuando se vió dueño de una gran fortuna—para él su destino es una gran fortuna—, le brotaron alas en el deseo, y como ya tenía algo que ofrecer, en la primera ocasión en que ella estuvo afectuosa (*Acercándose.*) se le acercó y le dijo: "Bordadora que no eres reina, aunque lo debieras ser, ¿quieres ir ascendiendo conmigo en el escalafón de Hacienda?"
TERE. ¿No mientes, Pablo; no mientes?
PABLO. ¿Quieres, Teresa?
TERE. ¡¡Ay, madre de Dios, qué alegría!! Mira, Pablo, bajé aquí ahogándome por un disgusto que me dieron.
PABLO. Como siempre.
TERE. No, mayor que los de siempre. Vine tan descorazonada, traía tan sobre mí la pesadumbre de mi pobre vida, que con un soplo me tiraba cualquiera por los suelos. Pero ahora, nada más que por hablarme tú, me creo tan ampa-

rada, tan fuerte y tan poderosa, que pones en contra mía todos los disgustos imaginables y al padrastro con ellos y la casa encima y encima el mundo entero..., ¡y a todos los sacudo yo con una mano!

PABLO. Bien hecho.

TERE. Sólo por ganarte la vida, por tener un sueldo fijo, de un golpe has pasado tú de no ser nadie a ser un príncipe. ¿No es verdad?

PABLO. Verdad.

TERE. Pues yo, sólo por tener quien me quiera, he pasado instantáneamente de ser un guiñapo despreciado y maltratado a ser una mujer dichosa..., ¡muy dichosa! Y eso es más que princesa y tanto como reina por lo menos. ¿Verdad?

PABLO. Verdad. ¡Y da gusto lo fácilmente que se puede entrar a ser de la familia real!

TERE. ¡Qué feliz soy!

PABLO. Y yo.

TERE. ¡Qué dichosa!

PABLO. Aguarda, aguarda. El día que tú señales para casaca, allá voy yo y me llevo a Teresa. Y el día que haya oposiciones a contadores, que son tres mil pesetas más, allá voy yo y me llevo las oposiciones.

TERE. Pablito...

PABLO. ¡Y tú verás la que se arma, vecinita!

TERE. (*Angustiada.*) Pero ¿no mientes, Pablo, no mientes?

PABLO. No, mujer, no.

TERE. ¡Júralo!

PABLO. Mis padres te dirán cuántas veces lo hemos hablado.

TERE. ¡Ay, Santísima Virgen!

PABLO. Y ellos siempre me inclinaron a la boda contigo.

TERE. ¿Ellos? ¡Ay, qué buenos son! ¡¡Santa doña Patrocinio!! ¡¡Santo don León!! ¡Ay, qué buenos! (*Marchando rápida por la izquierda.*) Doña Patro. ¡Doña Patro! ¡¡Doña Patro!!

ESCENA XI

Pablo; Patrocinio, por foro.

PATRO. ¿Qué pasa?
PABLO. Que Teresita os ha incluído en el Santoral porque apoyabais nuestra boda.
PATRO. Bien, Pablito. Te llevas una gran mujer. Hazla dichosa.
PABLO. Procuraremos imitaros.
PATRO. Veintiséis años nosotros, sin que León me diera un disgusto..., y yo le di muy pocos: los necesarios nada más.
PABLO. ¿Los necesarios?
PATRO. A los hombres hay que espabilaros de vez en cuando, no por malos, sino por dormidos.
PABLO. ¡Muy bien!
PATRO. Ya le explicaré yo eso a Teresita.
PABLO. Si es indispensable...
PATRO. ¡Indispensable!

ESCENA XII

Dichos; Teresa, por foro.

TERE. Doña Patro..., ¡me llevo el mejor hombre de la tierra!
PATRO. Eso creí yo también hace veintiséis años.
TERE. ¿No es muy bueno don León?
PATRO. Mucho... Pero, de todas maneras, ya irás aprendiendo que en el matrimonio el mejor hombre es siempre la mujer.
PABLO. ¡Vaya unos consejitos!
TERE. Yo haré lo que tú quieras, Pablo.
PATRO. Eso dije yo también..., ¡pero quiá!
TERE. Yo sí, yo sí.
PATRO. ¿Son tuyas las flores? Ven acá, que continuamente hay que agradecerte alguna fineza. Y para que no tenga envidia, abrázala á ella también. Anda. ¡Espera! (*Coge una flor mien-*

tras Teresa se deja abrazar.) ¡¡¡Ay, qué aroma!!! ¿Necesito aromatizarme algo más?

TERE. No, señora. ¡Qué suerte más grande! Pero tengo una emoción y una angustia... ¡Ahora, al abrazarme, creí que me moría!

PATRO. No hay cuidado de morirse por tan poco. En los momentos de abrazar, el novio es como Dios, que aprieta, pero no ahoga.

TERE. Más vale.

PATRO. Sin duda ninguna.

ESCENA XIII

Dichos; León, Pérez y el *Padre Soisona,* por foro.

LEON. Ya están los abuelos a la mesa.

PEREZ. ¡¡Y el pavo!!

PABLO. ¿Te quedas a almorzar?

P. SOL. Si me invitan, con muchísimo gusto. (*Pablo y León se miran aterrados.*)

PATRO. (*A León, indignada.*) ¡Que sí, hombre!

LEON. ¡Ah..., que sí..., que sí..., que sí!... (*Abrazándole.*) ¡Encantados, páter!

ESCENA XIV

Dichos; Carlota y *Amparo,* por foro.

AMPA. (*Trayendo atado con el cinturón de su blusa a un perro sucio y lanudo.*) Mamá...

PATRO. ¿Qué es eso?

CARL. Un convidado. (*León, que seguía abrazado al cura, se vuelve con espanto, pero al ver al perro sale disparado a largarle un puntapié.*)

AMPA. (*Deteniéndole.*) ¡Papá! Me miraba de un modo cuando yo traía las bizcotelas... que le di una..., y ya no me quiso dejar.

PATRO. ¡Pero es un chucho indecente!

LEON. Si esperabas un terranova diplomado en la Exposición...

PATRO. ¿Para qué lo traes?

AMPA. Para que coma el pobrecito...
LEON. ¡¡Arza!!
AMPA. ¡¡Papá!! Yo ya le decía: vete, perrito, vete...
LEON. ¿Y el cordón?
AMPA. Para que no se perdiera...
PATRO. Bueno, ¡a la calle!
AMPA. ¡¡Papaíto!!
LEON. El no sabe que hoy es Navidad..., pero lo sabemos nosotros, y no mires que es un chucho vil.
PATRO. Amparito, dale de comer.
AMPA. (*Brincando de gozo.*) ¡Ven, perrín, ven! (*Mutis por foro.*)
PEREZ. Ya que el perro no puede decir nada, permítame usted que ladre yo en su nombre: muchas gracias, doña Patro.
LEON. (*Aparte a Patro.*) ¿Habrá almuerzo bastante?
PATRO. Sí, hombre, sí.
LEON. ¡¡Ah!!... Don León de los Céspedes respira gozoso cuando sabe que en su casa hay almuerzo para todos.
PATRO. No es mucho ideal.
LEON. El pan de uno mismo, no...; pero el que se ofrece a otros, sí..., porque ése ha de ir a un horno que todos llevamos dentro, pero que muchos no lo quieren encender para los demás.
PATRO. Tienes razón.
LEON. Tan pequeñín como parece, y ya ves si el nuestro es ideal, ¡y grandísimo ideal!
PATRO. ¡Qué bueno eres, León!...
LEON. ¡Qué buena eres, Patro!... Pero sin que tengamos mérito ninguno, ya que únicamente somos como Dios nos hizo nada más...

TELON

EL TEATRO

OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor*, por Jacinto Benavente.
2 *Cobardías*, por Manuel Linares Rivas.
3 *La señorita está loca*, por Felipe Sassone.
4 *Encarna, la Misterio*, por F. Luque y E. Calonge.
5 *La pluma verde*, por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.
6 *Madrigal*, por Gregorio Martínez Sierra.
7 *Un marido ideal*, por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.
8 *¡Qué hombre tan simpático!*, por Arniches, Paso y Estremera.
9 *Febrerillo el loco*, por S. y J. Alvarez Quintero.
10 *Las canas de don Juan*, por J. I. Luca de Tena.
11 *La garra*, por Manuel Linares Rivas.
12 *La noche clara*, por A. Hernández Catá.
13 *La virtud sospechosa* (extraord.), por J. Benavente.
14 *Vidas rectas*, por Marcelino Domingo.
15 *El ardid*, por Pedro Muñoz Seca.
16 *La nave sin timón*, por Luis Fernández Ardavín.
17 *El marido de la estrella*, por Manuel Linares Rivas.
18 *La dama salvaje*, por Enrique Suárez de Deza.
19 *Los cómicos de la legua*, por Federico Oliver.
20 *Volver a vivir*, por Felipe Sassone.
21 *Madame Butterfly*, por V. Gabirondo y E. Endériz.
22 *Colonia de lilas*, por J. Fernández del Villar.
23 *La locura de don Juan*, por Carlos Arniches.
24 *La otra honra*, por Jacinto Benavente.
25 *Fantasmas*, por Manuel Linares Rivas.
26 *Rosa de Madrid*, por Fernández Ardavín.
27 *Para hacerse amar locamente*, por G. Martínez Sierra.
28 *El conflicto de Mercedes*, por Pedro Muñoz Seca.
29 *La prisa*, por S. y J. Alvarez Quintero.
30 *La hija de Iorio*, por Gabriel D'Annunzio.
31 *La Galana*, por Pilar Millán Astray.
32 *La Malquerida*, por Jacinto Benavente.
33 *La española que fué más que reina*, por E. Contreras y Camargo y L. López de Sáa.
34 *A campo traviesa*, por Felipe Sassone.
35 *Vida y dulzura*, por S. Rusiñol y G. M. Sierra.
36 *Las lágrimas de la Trini*, por C. Arniches y J. Abati.
37 *Como buitres*, por Manuel Linares Rivas.
38 *La Prudencia*, por J. Fernández del Villar.
39 *El pan de cada día*, por Marcelino Domingo.
40 *Madame Pepita*, por G. Martínez Sierra.
41 *Don Juan, buena persona*, por S. y J. A. Quintero.
42 *El pueblo dormido*, por Federico Oliver.
43 *Señora ama*, por Jacinto Benavente.
44 *El secreto de Lucrecia*, por Pedro Muñoz Seca.
45 *La fuerza del mal*, por Manuel Linares Rivas.
46 *El bandido de la Sierra*, por Luis F. Ardavín.
47 *La intrusa*, por Maurice Maeterlinck.
48 *No te ofendas, Beatriz*, por C. Arniches y J. Abati.
49 *Los leales*, por S. y J. Alvarez Quintero.

50 *El [illegible]*, por Jacinto Benavente.
51 *El [illegible]*, por Pedro Muñoz Seca.
52 *Una mujer sin importancia*, por Oscar Wilde.
53 *Los intereses creados* y *La ciudad alegre y confiada* (extra.), por Jacinto Benavente.
54 *Alfilerazos*, por Jacinto Benavente.
55 *La raza*, por Manuel Linares Rivas.
56 *Rosas de otoño* y *La honra de los hombres* (extraordinario), por J. Benavente.
57 *La noche del sábado* y *La ley de los hijos* (extraordinario), por J. Benavente.
58 *La comida de las fieras* y *Los malhechores del bien* (extra.), por J. Benavente.
59 *Juventud, divino tesoro*, por G. Martínez Sierra.
60 *Mimí Valdés*, por José Fernández del Villar.
61 *El azar*, por Federico Oliver.
62 *El nuevo huésped*, por S. y J. Alvarez Quintero.
63 *Las hijas del Rey Lear*, por Pedro Muñoz Seca.
64 *Manolito Pamplinas*, por José María Granada.
65 *...¿Y después?*, por Felipe Sassone.
66 *No hay burlas con el amor*, por Alfredo de Musset.
67 *Los nuevos yernos*, por Jacinto Benavente.
68 *Lo que ellas quieren*, por Federico Oliver.
69 *El último mono*, por Carlos Arniches.
70 *Como hormigas*, por Manuel Linares Rivas.
71 *La condesa María*, por J. Ignacio Luca de Tena.
72 *Los [illegible]*, por Pedro Muñoz Seca.
73 *La jaca torda*, por José Luis Mayral.
74 *¡Mecachis, qué guapo soy!*, por Carlos Arniches.
75 *Lirio entre espinas*, por Gregorio Martínez Sierra.
76 *[illegible]*, por P. Muñoz Seca y R. López de Haro.
77 *Por las nubes*, por Jacinto Benavente.
78 *Los tres amores reales*, por Joaquín Dicenta (hijo).
79 *Divino tesoro*, por Juan Ignacio Luca de Tena.
80 *La dama del armiño*, por Luis Fernández Ardavín.
81 *Lo que se llevan las horas*, por Felipe Sassone.
82 *"En Aragón hi nacido"*, por Carlos Arniches y Pedro García Marín.
83 *La mala ley* y *Primero, vivir* (extr.), por M. L. Rivas.
84 *La hija de la Dolores*, por Luis F. Ardavín.
85 *María Fernández*, por P. M. Seca y P. P. Fernández.
86 *Todo tu amor* o *Si no es verdad, debiera serlo*, por Felipe Sassone.
87 *Buena gente*, por Santiago Rusiñol y G. M. Sierra.
88 *La mujer que [illegible]*, por Enrique Thuillier y B. López de la Hera.
89 *Lo cursi*, por Jacinto Benavente.
90 *La cantaora del Puerto*, por L. F. Ardavín.
91 *Fuensanta la del cortijo*, por Enrique de Alvear.
92 *Anita la Risueña*, por S. y J. Alvarez Quintero.
93 *La niña*, por Federico Oliver.
94 *El día menos pensado*, por Antonio Estremera.
95 *Bartolo tiene una flauta*, por Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
96 *Santa Isabel de Ceres*, por Alfonso Vidal y Planas.
97. *Doña Desdenes*, por M. Linares Rivas.
98. *Hamlet*, por Shakespeare, traducción de G. Martínez Sierra.
99. *La propia estimación*, por Jacinto Benavente.
100. *La venganza de la Petra o donde las dan las toman*, por Carlos Arniches.

101. *El doncel romántico*, por Luis F. Ardavín.

102. *La buena suerte*, por Pedro Muñoz Seca.

103. *Pimienta*, por José F. del Villar.

104. *Amanecer*, por Gregorio Martínez Sierra.

105. *Yo, tú, él... y el otro...* y *Noche de amor*, por Felipe Sassone.

106. *El carro de la alegría*, por Alberto Valero Martín y Emilio Carrère.

107. *En cuerpo y alma*, por Manuel Linares Rivas.

108. *El huésped del Sevillano*, por Enrique Reoyo y Juan Ignacio Luca de Tena.

109. *Campo de Armiño*, por Jacinto Benavente.

110. *Dios dirá*, por J. y S. Alvarez Quintero.

111. *La juerga*, por Federico Oliver.

112. *La novela de Rosario*, por Pedro Muñoz Seca.

113 *Juan de Mañara*, por Manuel y Antonio Machado.

114 *A martillazos*, por M. Linares Rivas y E. Méndez de la Torre.

115 *El hijo de Polichinela*, por Jacinto Benavente.

116 *¡Calla, corazón!*, por Felipe Sassone.

117 *Mamá*, por G. Martínez Sierra.

118 *El astrólogo fingido*, por P. Calderón de la Barca.

119 *Las zarzas del camino*, por M. Linares Rivas.

120. *La niña de los sueños*, por José María Granada.

121 *La mariposa que voló sobre el mar* (extra.), por Jacinto Benavente.

122 *Flores y Blancaflor*, por Luis Fernández Ardavín.

123 *La virgen del infierno*, por Alfonso Vidal y Planas.

124 *El señor Adrián el primo o Qué malo es ser bueno*, por Carlos Arniches.

125 *Dale un beso a papá*, por Antonio Suárez.

126 *Solera fina*, por J. Abati y J. Fajardo.

127. *El coloso de arcilla*, por Luis Araquistain.

128. *Contra genio, corazón*, por Luis Uriarte.

129. *La Lola*, por P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández (extraordinario).

130. *Paloma*, por Felipe Sassone.

131. *El doctor Frégoli*, por Erzeinoff, versión castellana de Azorín.

132. *Catalina María Márquez*, por Francisco de Viu.

133. *Un caballero español*, por L. Manzano y M. de Góngora (extraordinario).

134. *Los hijos de trapo*, por Emilio Méndez de la Torre.

EL TEATRO
MODERNO

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Hispano-América		Otros países	
Año........	Pesetas 24	Año........	Pesetas 40
Semestre....	» 12	Semestre....	» 24
Trimestre...	» 6	Trimestre...	» 12

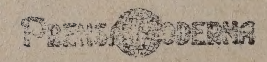
PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de correos cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.



A. AGUILERA, 58 MADRID APARTADO 831



Imp. Sáez Hermanos.
Norte, 21. — Madrid.